

Cuentos Completos III

(1910-1916)



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2019

Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume III*

Edición basada en la publicada por la Stanford University Press, California, 1993

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2019

Ilustraciones de cubierta y capitulares de © María Espejo, 2019

IBIC: FA

ISBN: 978-84-15973-97-3

Depósito legal: M-30806-2019

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Kadmos

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuentos Completos III

(1910-1916)



Jack London

Traducción de Susana Carral







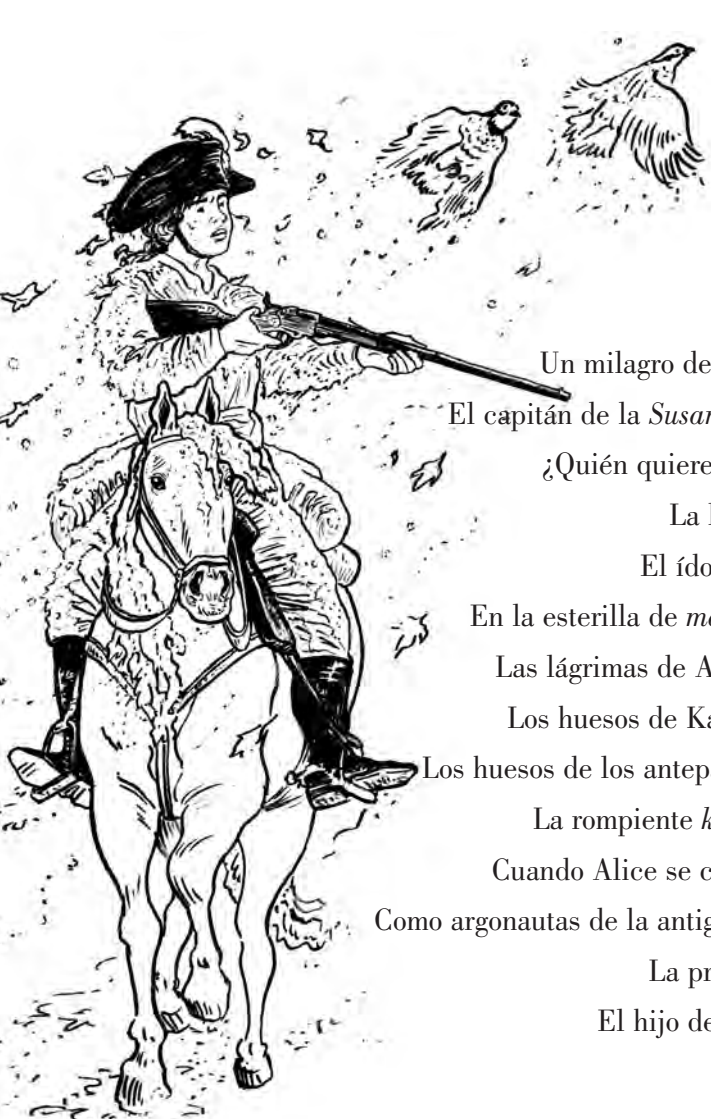
Índice

<i>Prólogo - El lobo de Glen Ellen</i>	ii
En el origen del mundo	15
Chantaje alado	29
A puñetazos	37
En la guerra	49
Bajo los toldos de cubierta	55
Matar a un hombre	63
La eternidad de las formas	73
En el pabellón de los idiotas	89
El vagabundo y el hada	97
El sabor de la carne	109
La carne	125
De estampida al arroyo Squaw	145
El sueño de Shorty	161
El hombre de la otra orilla	173
La carrera por la Número Tres	189
Hijo del sol	205
El orgullo de Aloysius Pankburn	221



Los demonios de Fuatino	237
Los bromistas de Nueva Gibbon	259
La cuenta pendiente de Swithin Hall	271
El padre pródigo	287
El mexicano	299
Una noche en Goboto	319
Las perlas de Parlay	333
Las plumas del sol	353
Por las tortugas de Tasman	371
Fin de la historia	395
El hombrecillo	413
El ahorcamiento de Cultus George	427
Un error de la creación	441
Una apuesta peligrosa	457
El emplazamiento de Tra-Lí	475





Un milagro de mujer	495
El capitán de la <i>Susan Drew</i>	529
¿Quién quiere vivir?	549
La lagarta	569
El ídolo rojo	585
En la esterilla de <i>makaloa</i>	605
Las lágrimas de Ah Kim	625
Los huesos de Kahekili	639
Los huesos de los antepasados	657
La rompiente <i>kanaka</i>	675
Cuando Alice se confesó	697
Como argonautas de la antigüedad	711
La princesa	733
El hijo del agua	755





A los 40 años en su finca de Glen Ellen, California,
pocos días antes de su muerte en 1916.



En la capitular de la página siguiente, Jack London
en su despacho de Rancho Hermoso, en 1916.



Prólogo

El lobo de Glen Ellen



En 1910, a los treinta y cuatro años, Jack London compró por 26.000 dólares cincuenta y siete hectáreas al norte de San Francisco, en Glen Ellen, California. Por entonces, además de muy popular, era un hombre muy rico. La literatura le había proporcionado fama y fortuna. A partir de entonces, aquella enorme propiedad se convirtió en su principal obsesión, por encima de la creación literaria. De hecho, llegaría a confesar que solo escribía para añadir acres de tierra a Glen Ellen, en el Valle de la Luna, donde construyó su residencia de Rancho Hermoso.

Rodeado de naturaleza, London cambió radicalmente su visión del mundo y puso en marcha un proyecto de rancho ecológico que resultaría un rotundo fracaso, pese a que hoy sería fuertemente aplaudido. «Lo principal es el campo en sí mismo y el hecho de librarse de la presión de la vida en la ciudad —le explicó a Frederick Bamford, su amigo socialista y director de la Biblioteca Pública de Oakland—. Lo importante es dejar de ser un intelectual, deleitarse con los elementos pequeños, los bichos y las cosas que se arrastran, las aves, las hojas, etcétera, etcétera».

Glenn Ellen y el Valle de la Luna aparecen en varios de sus cuentos, como «En el pabellón de los idiotas» o «El vagabundo y el hada», entre otros, todos ellos recogidos en este tercer volumen que completa la narrativa breve del gran autor norteamericano.

En esa etapa de su vida escribe menos, porque intenta centrar su trabajo en la búsqueda nuevas técnicas agrícolas y ganaderas para aplicar en Glen Ellen, que pusieron a prueba su ideología socialista, tan conocida popularmente que hasta Nadezhda Krúps-



Exlibris de Jack London.

kaya, la viuda de Lenin, reconoció en sus memorias que días antes de la muerte de su marido le leyó el relato «Amor a la vida», escrito por London en el año 1903 y publicado en el segundo tomo de esta edición de sus *Cuentos Completos*.

Su proyecto agrícola le enfrentó a los «ineficientes trabajadores italianos» y hasta abominó de los chinos. Según el historiador de la literatura Kevin Starr, quien tacha a London de mal gestor y de alcohólico, alrededor de 1911: «London estaba más aburrido de la lucha de clases de lo que quería admitir».



Jack London, realizando tareas agrícolas en su finca de Glen Ellen.

Sin embargo, aunque Glen Ellen llegó a convertirse en una obsesión, los escenarios edénicos presentes en estos últimos cuarenta y seis relatos de London no se limitan a las tierras del norte y al Valle de la Luna, sino que también regresa a las orillas heladas del Klondike, donde se desarrolla la serie protagonizada por Smoke Bellew y Shorty; y a la Polinesia, con la serie de aventuras del intrépido David Grief.

En 1913 no escribió un solo relato, tampoco lo haría en 1915 y de 1914 solo hay uno, «¿Quiere vivir?». Pero la escasa producción durante estos seis últimos años de vida de London no guarda relación con la calidad. De hecho, de esta etapa son algunos de sus mejores cuentos, como «El padre pródigo» o «El mexicano», un misterioso texto en el que la revolución se mezcla con el boxeo.

Fallecido el 22 de noviembre de 1916, los restos de Jack London, junto con los de su esposa Charmian, están enterrados en el Parque Histórico Jack London, en Glen Ellen, convertido hoy día en un centro de peregrinación para todos aquellos amantes de la literatura y la aventura. Su muerte sigue siendo un misterio. Durante años se achacó a un suicidio, final habitual de algunos de los personajes de sus libros autobiográficos. Actualmente, gracias a investigaciones recientes que ponen en tela de juicio el prototipo de escritor bebedor y mujeriego, cobra cada vez más fuerza la teoría de una sobredosis de morfina para combatir los efectos de la uremia, enfermedad a la que se atribuye su muerte en el certificado de defunción.

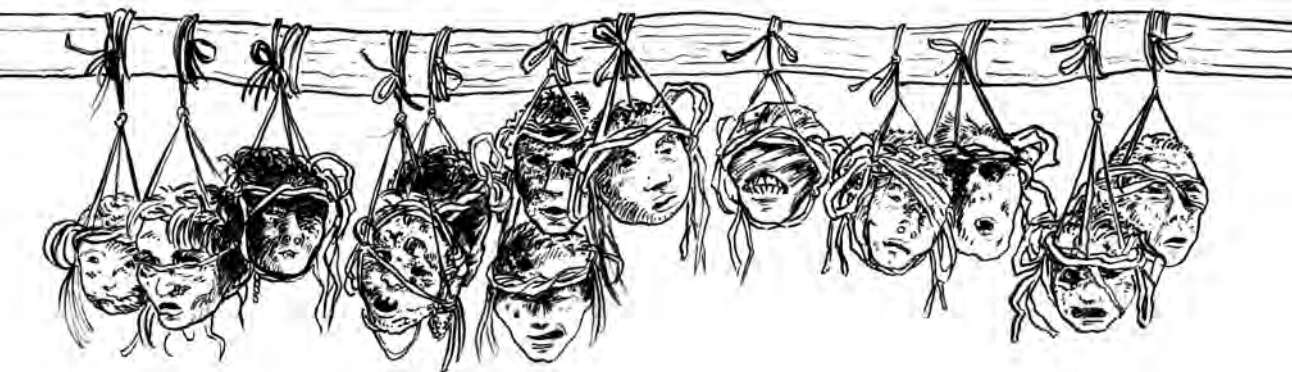
Jack London seguirá vivo durante siglos gracias al enorme valor de su obra narrativa, especialmente sus cuentos, que con este tercer tomo se pueden leer ya completos, por fin, en español, ordenados y corregidos de acuerdo a los deseos de su autor, en una traducción nueva de Susana Carral que respeta fielmente la edición canónica norteamericana de la Universidad de Stanford. ►

Cuentos Completos III

(1910-1916)



Jack London





En el origen del mundo



I

ERA UN HOMBRE TRANQUILO y dueño de sí mismo que se había sentado un momento en lo alto del muro para sondear la húmeda oscuridad en busca de señales del peligro que pudiese esconder. Pero su oído solo le transmitió el gemido del viento entre unos árboles invisibles y el susurro de las hojas que provocaba el movimiento de las ramas. Una densa niebla avanzaba empujada por la brisa y, aunque no podía verla, sintió su humedad en el rostro; además, el muro sobre el que se sentaba estaba mojado.

Había ascendido desde el exterior sin hacer ruido y de la misma forma saltó al interior del recinto. Sacó una linterna del bolsillo, pero no la utilizó. Aunque el camino estaba oscuro, no le preocupaba la falta de luz. Con la linterna en la mano y un dedo sobre el interruptor, avanzó rodeado de tinieblas. El suelo parecía aterciopelado y mullido porque estaba cubierto de agujas de pino, hojas y mantillo que nadie había tocado desde hacía años. Las ramas y las hojas rozaban su cuerpo al pasar, pero la oscuridad no le permitía evitarlas. Al poco extendió la mano para tantear el camino y en más de una ocasión tropezó contra el tronco macizo de algún árbol gigantesco. Sabía que estaba rodeado de árboles, sentía su presencia por todas partes y tuvo la extraña sensación de ser microscópicamente pequeño en medio de aquellas moles enormes que se inclinaban hacia él para aplastarlo. Sabía que más adelante se hallaba la casa y esperaba encontrar alguna senda o vereda serpenteante que lo llevara hasta ella.

Llegó un momento en el que se vio atrapado. Por todos lados se topaba con árboles y ramas o tropezaba con matorrales de maleza sin encontrar una salida. Entonces encendió la linterna y, prudentemente, dirigió su rayo hacia el suelo, bajo los pies. Muy des-

pacio, lo fue moviendo a su alrededor y la luz le mostró con todo detalle los obstáculos que impedirían su avance. Vio un hueco entre los enormes troncos de unos árboles y se introdujo en él, apagando la linterna y pisando un suelo aún seco, protegido de la humedad de la niebla por el denso follaje que lo cubría. Tenía buen sentido de la orientación y sabía que iba hacia la casa.

Entonces ocurrió algo impensable e inesperado. Su pie pisó algo blando y vivo que se alzó con un bufido al sentir el peso de su cuerpo. Él pegó un salto y se agachó a la espera de volver a saltar, tenso y vigilante, preparado para la acometida de lo desconocido. Aguardó un momento, preguntándose qué clase de animal sería eso que se había librado del peso de su pie y que no hacía ruido ni se movía porque debía estar agachado y a la espera, tan tenso y vigilante como él. La incertidumbre se volvió insoportable. Levantó la linterna, presionó el interruptor, vio y gritó lleno de miedo. Estaba preparado para encontrarse cualquier cosa, desde un cervatillo asustado a un león beligerante, pero no para lo que había visto. En ese instante, la luz de su diminuta linterna, nítida y blanca, le había mostrado algo que no podría olvidar en mil años: un hombre rubio y enorme, de pelo y barba amarillos, que solo llevaba unos mocasines de cuero curtido y lo que parecía una piel de cabra en la cintura. Brazos y piernas quedaban desnudos, al igual que los hombros y la mayor parte del pecho. Tenía la piel suave y sin pelo, aunque curtida por el sol y el viento, bajo la que los músculos se anudaban como si fuesen serpientes.

Sin embargo, eso no era lo que lo había llevado a gritar, por muy inesperado que resultase. Lo que provocó su miedo fue la atroz ferocidad del rostro, la mirada de animal salvaje de los ojos azul claro apenas deslumbrados por la luz, las agujas de pino enredadas y adheridas a la barba y al pelo, y aquel cuerpo formidable, agazapado y a punto de saltar sobre él. Prácticamente en el mismo instante en que lo vio, y mientras aún se oía su grito, la cosa saltó, y él le lanzó la linterna y se tiró al suelo. Sintió el golpe de los pies contra sus costillas, se levantó de inmediato y huyó, al tiempo que la cosa, debido al impulso, caía hacia delante entre la maleza.

Cuando el ruido de la caída se apagó, el hombre se detuvo y esperó a cuatro patas. La oía moverse, buscándolo, y tenía revelar su situación si intentaba huir más lejos. Sabía que no podría evitar que crujiese la maleza. Sacó el revólver, pero cambió de idea. Había recuperado la calma y tenía la esperanza de poder marcharse sin hacer ruido. En varias ocasiones oyó a la cosa golpear los matorrales en su busca, aunque también a veces se quedaba quieta y escuchaba. Eso le dio una idea al hombre. Tenía una mano apoyada en un pedazo de madera. Con mucho cuidado, tanteando primero a su alrededor en la oscuridad para asegurarse de que su brazo no tropezaría con algún obstáculo, alzó la madera y la lanzó. Era un trozo pequeño y llegó lejos antes de aterrizar, haciendo mucho ruido, entre los arbustos. Oyó a la cosa saltar en esa dirección y, al mismo tiempo, se arrastró para alejarse más de allí. Continuó avanzando a cuatro patas, muy despacio y con cuidado, hasta que la humedad del mantillo le empapó las rodillas.

Cuando escuchaba solo oía el gemido del viento y el goteo de la niebla desde las ramas. Siempre con gran precaución, se puso en pie y llegó hasta el muro de piedra, al que trepó y desde el que saltó al camino exterior.

Tras tantear entre unos arbustos, sacó una bicicleta y se dispuso a montar en ella. Estaba empezando a mover la cadena con el pie para situar en posición los pedales cuando oyó el ruido sordo de un cuerpo pesado que aterrizaba con facilidad y sin perder el equilibrio. No esperó más y echó a correr con las manos en el manillar de la bici, hasta que pudo pasar la pierna por encima del tubo, sentarse en el sillín, hacerse con los pedales y acelerar sin descanso. Tras él, oía las rápidas pisadas sobre el polvo del camino, pero continuó alejándose de ellas y dejó de oírlas.

Por desgracia, había arrancado en dirección opuesta a la ciudad y se dirigía, cuesta arriba, hacia las colinas. Sabía que en esa carretera no había intersecciones. La única forma de regresar era volver a pasar por delante de aquel espanto y no conseguía armarse de valor para hacerlo. Después de media hora, al darse cuenta de que el camino se empinaba cada vez más, desmontó. Para mayor seguridad, dejó la bici en la cuneta, saltó una valla, se adentró en lo que le pareció una tierra de pastoreo en la ladera, extendió un periódico sobre la hierba y se sentó.

—¡Rayos! —dijo en voz alta mientras se secaba el sudor y la niebla del rostro.

Y «¡Rayos!» volvió a decir, liando un cigarrillo al tiempo que meditaba sobre el problema de cómo regresar.

Pero no intentó volver. Estaba decidido a no internarse en esa carretera a oscuras y, con la cabeza apoyada en las rodillas, dormitó, a la espera de que llegase el día.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando lo despertó el ladrido agudo de una cría de coyote. Al mirar a su alrededor y localizarla sobre la cima que se alzaba a su espalda, se fijó en el cambio experimentado en la faz de la noche. La niebla había desaparecido, las estrellas y la luna brillaban y el viento había dejado de soplar. Se había transformado en una cálida noche de verano californiana. Intentó dormitar de nuevo, pero el ladrido del coyote lo molestaba. Amodorrado, oyó un canto sobrecogedor y salvaje. Miró en torno a él y se fijó en que el coyote había dejado de hacer ruido y se alejaba corriendo por la cima de la colina; tras él, persiguiéndolo, ya sin cantar, corría la criatura desnuda con la que se había tropezado en el jardín. El coyote era joven y casi lo había atrapado cuando ambos salieron de su campo de visión. El hombre se puso en pie temblando, trepó la valla como pudo y montó en la bici. Era su oportunidad y lo sabía. Aquel espanto ya no se encontraba entre él y Mill Valley.

Pedaleó a una velocidad de vértigo colina abajo, pero al llegar al fondo, en una curva y en plena oscuridad, se encontró con un bache y salió volando por encima del manillar.

—No es mi noche —murmuró mientras examinaba la horquilla rota de la bicicleta.

Continuó andando, con la bici al hombro. Cuando llegó ante el muro de piedra, casi dudando de la experiencia vivida, buscó huellas en el camino y las encontró: huellas

grandes de mocasín, muy marcadas en la zona de los dedos. Se hallaba inclinado sobre ellas, estudiándolas, cuando volvió a oír aquel canto sobrecogedor. Había visto a la cosa perseguir al coyote y sabía que no tenía la más mínima posibilidad de ganarle corriendo. No lo intentó. Se resignó a ocultarse entre las sombras del lateral del camino.

De nuevo vio a la cosa que parecía un hombre desnudo, corriendo veloz, ligera y sin dejar de cantar. Se detuvo frente a él y sintió que se le paraba el corazón. Pero en lugar de acercarse a su escondite, dio un salto, se agarró a la rama de un árbol y se balanceó de rama en rama, como un mono. Así cruzó el muro y pasó a las ramas de otro árbol, desde el que saltó al suelo, por lo que dejó de verla. El hombre esperó unos minutos y luego continuó camino.

II

DAVE SLOTTER se inclinó agresivamente sobre el escritorio que impedía la entrada al despacho privado de James Ward, socio principal de Ward, Knowles & Co. Dave estaba enfadado. Todos los presentes en la oficina lo habían mirado con suspicacia y el hombre que ahora tenía frente a él se mostraba excesivamente receloso.

—Dígale al señor Ward que es importante —insistió.

—Ya le he dicho que está dictando un documento y no se le puede molestar —fue la respuesta—. Vuelva mañana.

—Mañana será tarde. Vaya y dígame al señor Ward que es un asunto de vida o muerte. El secretario dudó y Dave aprovechó la ventaja.

—Dígale que anoche anduve por la bahía de Mill Valley y que quiero advertirlo de algo.

—¿Cómo se llama? —fue la pregunta.

—Eso da igual. No me conoce.

Cuando Dave entró en el despacho conservaba su agresividad, pero, al ver que un hombre grande y rubio se daba la vuelta en su silla giratoria e interrumpía el dictado a su taquígrafa para mirarlo, el estado de ánimo de Dave cambió de repente. No sabía por qué había cambiado, sin embargo, se sintió enfadado consigo mismo.

—¿Es usted el señor Ward? —preguntó con una petulancia que lo irritó todavía más.

—Sí —fue la respuesta—. ¿Quién es usted?

—Harry Bancroft —mintió Dave—. No me conoce y da igual cómo me llame.

—¿Ha mandado decirme que anoche estuvo en Mill Valley?

—Usted vive allí, ¿no? —respondió Dave, mirando con suspicacia a la taquígrafa.

—Sí. ¿Por qué desea verme? Estoy muy ocupado.

—Me gustaría hablar a solas con usted, señor.

El señor Ward le dedicó una mirada penetrante, dudó y luego se decidió.

—Descanse unos minutos, señorita Potter.

La joven se levantó, recogió sus notas y salió. Dave miró preocupado al señor Ward, hasta que el caballero puso fin a la cadena de ideas que acaba de ocurrírsele.

—¿Y bien?

—Anoche estuve en Mill Valley —empezó a decir Dave, no muy seguro de cómo continuar.

—Eso ya me lo ha dicho. ¿Qué es lo que quiere?

Y Dave decidió seguir, convencido de que no había quien se creyera semejantes ideas.

—Estuve en su casa. Bueno, en su finca.

—¿Y qué hacía allí?

—Fui a robar —respondió Dave con total franqueza—. Oí decir que vivía solo con un cocinero chino y me pareció que sería fácil. Pero no llegué a entrar. Ocurrió algo que me lo impidió. Por eso estoy aquí. Vengo a avisarlo. En su finca anda suelto un salvaje, un verdadero demonio. Podría hacer pedazos a un tipo como yo. Me obligó a correr como en mi vida. No lleva nada que pueda llamarse ropa, se sube a los árboles como un mono y corre como un ciervo. Lo vi perseguir a un coyote y le aseguro que, cuando dejé de verlos, estaba a punto de atraparlo.

Dave se detuvo y esperó a ver qué efecto causaban sus palabras. Pero no ocurrió nada. James Ward conservaba la calma y mostraba una leve curiosidad.

—Extraordinario. Es algo extraordinario —murmuró—. Un salvaje, dice usted. ¿Por qué ha venido a contármelo?

—Para avisarle de que corre peligro. Soy un tipo bastante duro, pero no me gusta que muera nadie... al menos si no es necesario. Me di cuenta de que estaba usted en peligro y se me ocurrió avisarlo. Le prometo que solo se trata de eso. Por supuesto, si quiere darme algo por la molestia, lo aceptaré. Eso también lo había pensado. Pero no me importa si me da algo o no. Yo se lo he advertido igual y he cumplido con mi deber.

El señor Ward se quedó pensando mientras tamborileaba con los dedos sobre la superficie de su escritorio. Dave se fijó en que tenía unas manos grandes y fuertes, muy bien cuidadas, aunque de piel curtida por el sol. También se fijó en algo que había llamado antes su atención: un diminuto apósito del color de la carne que llevaba en la frente, sobre uno de los ojos. Pero la idea que intentaba abrirse paso en su mente continuaba resultando imposible de creer.

El señor Ward cogió la cartera del bolsillo de su chaqueta, sacó un billete y se lo pasó a Dave, quien al guárdalo vio que era de veinte dólares.

—Gracias —dijo el señor Ward, indicando que el encuentro había terminado—. Haré que investiguen el asunto. Un salvaje suelto por ahí es peligroso.

Pero el señor Ward se mostraba tan tranquilo que Dave recuperó el valor. Además, se le había ocurrido una nueva teoría. Sin duda, el salvaje era hermano del señor Ward, un loco recluido en secreto. Dave había oído contar casos parecidos. Tal vez el señor Ward deseaba que no se supiera. Por eso le había dado veinte dólares.

—Oiga —empezó a decir Dave—, ahora que lo pienso, ese salvaje se parecía mucho a usted...

Dave no logró decir nada más, porque presenció una transformación que lo dejó mirando a los mismos ojos azules, atrozmente feroces, de la noche anterior, a las mismas manos como garras y al mismo cuerpo formidable y a punto de saltar sobre él. Pero entonces no tenía su linterna para arrojársele y el otro lo agarró por los bíceps de ambos brazos con tanta fuerza que gimió de dolor. Vio surgir unos dientes grandes y blancos, como los de un perro a punto de morder. La barba del señor Ward le rozó el rostro cuando los dientes buscaron clavarse en su cuello. Pero no llegó a hacerlo. Dave sintió que el cuerpo del otro se ponía rígido, como si ejerciera un control férreo sobre él, y luego lo arrojó a un lado sin esfuerzo, pero con semejante energía que solo la pared detuvo su impulso, por lo que cayó al suelo casi sin respiración.

—¿Qué pretende al venir aquí e intentar chantajearme? —rugió el señor Ward—. Vamos, devuélvame el dinero.

Dave le entregó el billete sin decir ni una palabra.

—Cree que traía buenas intenciones. Ahora ya sé cómo es. No quiero volver a verlo ni a saber nada de usted, o lo meteré en la cárcel, que es donde debería estar, ¿entendido?

—Sí, señor —jadeó Dave.

—Pues váyase.

Dave se marchó sin abrir la boca, con un dolor intolerable de bíceps debido a la fuerza con la que el otro lo había agarrado. En el momento en que posó la mano en el pomo de la puerta, el señor Ward habló:

—Ha tenido suerte —le dijo, y Dave vio que su rostro y sus ojos destilaban crueldad y se regodeaban con orgullo—. Ha tenido suerte. De haberlo querido, le habría arrancado los músculos de los brazos y los habría arrojado a la papelera.

—Sí, señor —contestó Dave y en su voz vibró una convicción absoluta.

Abrió la puerta y salió. El secretario lo miró con aire interrogativo.

—¡Rayos! —fue lo único que se dignó responder Dave.

Y con esa declaración, salió de la oficina y de este relato.

III

JAMES G. WARD tenía cuarenta años, éxito en los negocios y era muy infeliz. Durante cuarenta años había intentado resolver, en vano, un problema que en realidad era él mismo y que con el paso del tiempo se había convertido en una triste desgracia. En su interior había dos hombres y, cronológicamente hablando, a esos hombres los separaban varios miles de años. Había estudiado la cuestión de la doble personalidad probablemente con más profundidad que cualquiera de la media docena de destacados especialistas en tan misterioso e intrincado campo psicológico. Su caso se diferenciaba de todos los que se habían documentado hasta la fecha. Ni las más descabelladas fantasías de los escritores de ficción podían ayudarlo. No era un Dr. Jekyll y Mr. Hyde, ni era como el desdichado joven de *El cuento más hermoso del mundo*, de Kipling. Sus dos personalidades estaban tan mezcladas que prácticamente siempre eran conscientes de sí mismas y cada una de la existencia de la otra.

Uno de sus yoes era un hombre de crianza y educación modernas que había vivido los últimos años del siglo XIX y buena parte de la primera década del XX. Su otro yo lo situaba como un salvaje y un bárbaro que subsistía bajo las condiciones primitivas de varios miles de años antes. Pero nunca sabía decir cuál de esos dos yoes era él y cuál era el otro. Porque era ambos y lo era siempre. En contadas ocasiones sucedía que uno de los yoes no supiera lo que hacía el otro. Sin embargo, no tenía recuerdos ni visiones del pasado en el que había habitado su yo más primitivo. Ese yo primitivo existía en el presente, aunque se veía impulsado a vivir la vida que habría llevado tantos miles de años antes.

De niño había supuesto un problema para sus padres y los médicos de la familia, a pesar de que nunca se habían siquiera acercado al motivo de su imprevisible comportamiento. Por eso no comprendían su excesiva somnolencia por las mañanas ni su excesiva actividad por las noches. Cuando lo encontraban deambulando por los pasillos en plena noche, subido a los tejados más altos o corriendo por las colinas decían que era sonámbulo. En realidad, estaba perfectamente despierto, aunque bajo el impulso que le llevaba a vagabundear de noche a su yo más primitivo. En una ocasión contó la verdad, al ser interrogado por un médico algo duro de mollera, y sufrió la ignominia de ver cómo descartaban su revelación y, con desprecio, la calificaban de «sueños».

El caso era que, al acercarse el crepúsculo y la noche, se desvelaba y se sentía más alerta. Las cuatro paredes de una habitación lo molestaban y lo reprimían. Oía miles de voces que susurraban en la oscuridad. La noche lo llamaba porque en esencia, durante ese período de las veinticuatro horas, era un merodeador nocturno. Nadie lo entendía y él no volvió a intentar explicarlo. Lo clasificaron como sonámbulo y tomaron medidas al

respecto, precauciones que muy a menudo resultaban inútiles. Al ir creciendo, aumentó su astucia y logró pasar la mayor parte de la noche al aire libre, desarrollando su otro yo. Por eso se dormía por la mañana. Resultaba imposible que fuese al colegio y estudiase durante ese período del día, y solo consiguieron que aprendiese por las tardes, bajo la tutela de profesores particulares. Así se educó y se desarrolló su yo moderno.

Pero siguió siendo un problema. Lo tenían por un diablillo dominado por la crueldad y la brutalidad. Los médicos de la familia decretaron que era una monstruosidad mental y un degenerado. Los pocos compañeros de su edad que conservaba lo consideraban un prodigio, aunque todos lo temían. Siempre les ganaba escalando, nadando, corriendo y haciendo travesuras y ninguno se atrevía a pelear con él. Era terriblemente fuerte y se enfurecía con demasiada violencia.

A los nueve años huyó a las colinas, donde se fortaleció y merodeó por las noches durante siete semanas, hasta que lo descubrieron y se lo llevaron a casa. Todos se asombraron de que hubiese logrado subsistir y mantenerse en buenas condiciones durante ese tiempo. No sabían, y él nunca lo contó, que había matado conejos, capturado y devorado codornices, saqueado los gallineros de varios granjeros y que se había preparado una guarida en una cueva, alfombrada con hojas y hierba seca, en la que durmió muy cómodo y sin pasar frío las mañanas de muchos días.

En la Universidad se hizo famoso por su somnolencia y su estupidez durante las clases de la mañana y por su genialidad en las de la tarde. Gracias a sus lecturas adicionales y a los apuntes prestados por sus compañeros consiguió aprobar por los pelos las asignaturas de la mañana y triunfar en las de la tarde. En fútbol americano era un gigante que inspiraba miedo, y se podía contar con él como ganador en casi todos los tipos de atletismo, a pesar de algunos arrebatos de ira incontrolables que a veces lo dominaban. Pero nadie quería boxear con él, ya que durante su último combate había clavado los dientes en el hombro de su adversario.

Tras la Universidad, su padre, desesperado, lo envió a vivir entre los vaqueros de un rancho de Wyoming. Tres meses después, esos hombres valientes confesaron que no podían con él y telegrafiaron al padre para que se llevara a aquel salvaje. Además, cuando el padre fue a buscarlo, los vaqueros admitieron que preferían mil veces relacionarse con una panda de cánibales violentos, locos incoherentes, gorilas jugueteros, osos grizzly y tigres devoradores de hombres que con aquel joven universitario peinado con raya al medio.

Había una excepción a la falta de memoria relativa a la vida llevada por su yo primitivo: el lenguaje. Por algún capricho atávico, conservaba en su memoria racial cierta parte del lenguaje de su yo primitivo. En los momentos de felicidad, exaltación o lucha era propenso a estallar en cantos bárbaros. De esa forma localizó en el tiempo y en el espacio a esa mitad perdida que en realidad debería llevar miles de años muerta. En una ocasión entonó deliberadamente varios de esos cánticos antiguos en presencia del

profesor Wertz, que impartía anglosajón y que era un filólogo afamado y apasionado. Al oír el primero, el profesor prestó atención y quiso saber qué lengua híbrida era aquella. Cuando interpretó el segundo canto, el profesor se mostró muy entusiasmado. James Ward concluyó su actuación con un cántico que irresistiblemente salía de su boca cuando luchaba o peleaba como un salvaje. Entonces el profesor Wertz anunció que era alemán primitivo o teutón primitivo, de una época muy anterior a todo lo descubierto y transmitido por los especialistas. Tan primitivo era que lo sobrepasaba, aunque estaba repleto de fascinantes reminiscencias de construcción de vocablos que él conocía y que su cualificada intuición tenía por reales y auténticas. Quiso saber de dónde provenían esos cantos y pidió prestado el valioso libro que los contenía. Además, preguntó por qué el joven Ward se había hecho pasar por alguien profundamente ignorante de las lenguas germánicas. Ward no pudo explicar su ignorancia ni prestarle el libro. Por consiguiente, tras varias semanas de súplicas y ruegos, el profesor Wertz sintió antipatía hacia el joven, lo consideró un mentiroso y lo clasificó como alguien terriblemente egoísta por no permitirle ver ese texto maravilloso, más antiguo que el más antiguo que cualquier filólogo hubiese conocido o soñado jamás.

Pero de poco le sirvió a ese joven tan contradictorio saber que una de sus mitades era americana moderna y la otra teutona antigua. Sin embargo, el americano moderno que había en él no era un enclenque y fue él (si era un «él» y tenía la más mínima posibilidad de existir sin su otra mitad) quien forzó un ajuste o compromiso entre ese yo que era un salvaje merodeador nocturno y mantenía a su otra mitad somnolienta por las mañanas y ese otro yo culto y refinado que deseaba ser normal y vivir, amar y entregarse a una profesión como el resto de la gente. Dedicaba las tardes enteras a uno y las noches al otro; las mañanas y parte de la noche las empleaba a dormir para los dos. Pero por las mañanas dormía en la cama como un hombre civilizado. Por la noche dormía como un animal salvaje, como hacía la noche que Dave Slotter tropezó con él en el bosque.

Persuadió a su padre para que le adelantase el capital y fundó un negocio que sacó adelante y convirtió en un gran éxito volcándose en él por las tardes, mientras su socio se encargaba de las mañanas. Dedicaba las últimas horas de la tarde a la vida social, pero al llegar las nueve o las diez se apoderaba de él una inquietud irresistible que lo obligaba a dejar de frecuentar a los seres humanos hasta la tarde siguiente. Sus amigos y conocidos pensaban que destinaba demasiado tiempo al deporte. Y tenían razón, aunque nunca habrían adivinado la naturaleza del deporte que practicaba, ni siquiera si lo hubiesen visto perseguir coyotes de noche en las colinas de Mill Valley. Tampoco nadie creía a los capitanes de goleta que afirmaban haber visto, en las mañanas más frías del invierno, a un hombre nadando entre el oleaje de Racoon Strait o las corrientes formadas entre la Isla de Yerba Buena y la Isla de los Ángeles, a varias millas náuticas de la costa.

Vivía en su bungalow de Mill Valley con la única compañía de Lee Sing, su cocinero chino y factótum, que sabía mucho de las rarezas de su señor y que recibía un buen

sueldo a cambio de callar, por lo que nunca dijo nada al respecto. Tras la satisfacción de la noche, el sueño de la mañana y el desayuno preparado por Lee Sing, James Ward cruzaba la bahía hasta San Francisco en el ferry de mediodía y acudía a su club o al despacho, como cualquier hombre de negocios convencional de la ciudad. Pero a medida que la tarde se alargaba, la noche ejercía su dominio sobre él. Todos sus sentidos se despertaban y se apoderaba de él la inquietud. Su capacidad auditiva mejoraba de repente y una miriada de ruidos nocturnos lo llamaba y lo atraía sin remedio. Si se encontraba a solas, empezaba a recorrer la estancia a grandes pasos, de un lado a otro, como un animal salvaje enjaulado.

En una ocasión se arriesgó a enamorarse. Nunca más se permitió semejante distracción. Tuvo miedo. Durante varios días la joven —seguramente aterrorizada— soportó en brazos, hombros y muñecas varios cardenales como muestra de las caricias que él le había dedicado con total afecto y ternura, pero a una hora de la noche demasiado tardía. Ese fue su error. Si se hubiese limitado a cortejarla por la tarde, todo habría salido bien, porque se habría comportado como un caballero discreto y contenido, pero por la noche era el salvaje tosco y ladrón de mujeres de los oscuros bosques germánicos. Su sentido común le dijo que, si limitaba el cortejo a las tardes, podría tener éxito; pero ese mismo sentido común lo convenció de que el matrimonio sería un tremendo fracaso. Le horrorizaba pensar en casarse y encontrarse con su esposa después de anochecer.

Así que rehuyó todo cortejo, reguló su doble vida, ganó un millón limpio con sus negocios, evitó a las madres casamenteras y a las jóvenes de mirada ávida y luminosa, conoció a Lilian Gersdale y se obligó a no verla jamás después de las ocho de la tarde, persiguió coyotes por las noches y durmió en sus guaridas del bosque. Durante todo ese tiempo había logrado guardar su secreto, exceptuando a Lee Sing... Y ahora, a Dave Slotter. Le aterrorizaba el hecho de que este hubiese descubierto la existencia de sus dos yoes. A pesar del susto que le había metido al ladrón, era posible que acabase por hablar. Y aunque no lo hiciera, antes o después alguien más podría descubrirlo.

Así que James Ward realizó un nuevo y heroico esfuerzo por controlar al bárbaro teutónico que había en él. Tanto se preocupó de ver a Lilian solo por las tardes que llegó el momento en que ella lo aceptó en lo bueno y en lo malo, y en el que él rezó, en privado y con fervor, para que no fuese en lo malo. Durante esa época ningún boxeador profesional se entrenó con mayor severidad y entusiasmo que él, dispuesto a doblegar al salvaje que llevaba dentro. Entre otras cosas, se esforzó por agotarse durante el día para que el sueño lo dejase sordo a la llamada de la noche. Se tomó unas vacaciones y las dedicó a largas cacerías, durante las que siguió a los ciervos por los lugares más inaccesibles y abruptos que pudo hallar... siempre de día. La noche lo encontraba bajo techo y agotado. En casa instaló una veintena de máquinas para hacer ejercicio y repetía cientos de veces movimientos que otros hombres hacían solo diez. Además, como solución intermedia, construyó un porche para dormir en la segunda planta. Allí, al menos respiraba el

bendito aire nocturno. Unas barreras dobles impedían que se escapase al bosque y todas las noches Lee Sing lo encerraba bajo llave para volver a soltarlo por la mañana.

En el mes de agosto contrató servicio adicional para ayudar a Lee Sing y se atrevió a dar una fiesta en su bungalow de Mill Valley. Los invitados eran Lillian, su madre y su hermano, y media docena de amigos comunes. Todo fue bien durante dos días y dos noches. La tercera noche, jugando al bridge hasta las once, se sentía justamente orgulloso de sí mismo. Ocultaba con éxito su inquietud, pero el azar dispuso que Lilian Gersdale fuese su oponente y ocupase un lugar a su derecha. Se trababa de una mujer frágil y delicada y, en su estado de ánimo nocturno, esa fragilidad lo enfurecía. No porque la amase menos, sino porque se sentía casi irresistiblemente impelido a darle un zarpazo y herirla. En especial cuando se concentraba en jugar una mano ganadora contra él.

Mandó que le llevasen a uno de sus lebreles escoceses y, cuando parecía que la tensión lo iba a hacer estallar en pedazos, la aliviaba posando la mano sobre el animal y acariciándolo. El contacto con su pelaje lo tranquilizaba al instante y le permitía continuar jugando. Nadie imaginó la terrible lucha que libraba su anfitrión mientras reía de forma tan natural y jugaba entusiasmado, sin prisa.

Cuando dio las buenas noches a Lilian, se ocupó de que hubiese más gente presente. Ya en el porche en el que dormía y encerrado bajo llave, dobló, triplicó y cuadruplicó los ejercicios hasta que, exhausto, se dejó caer sobre el sofá, en busca del sueño y de la solución a dos problemas que le preocupaban especialmente. Uno era el ejercicio físico. Parecía una paradoja. Cuanto más se ejercitaba en exceso, más fuerte se volvía. Aunque era verdad que así agotaba a su yo teutónico y merodeador nocturno, pensaba que solo estaba retrasando el día aciago en el que su fuerza resultaría desmesurada para él y lo superaría; hasta el momento esa fuerza sería mucho más terrible de lo que había sido hasta entonces. El otro problema era el de su matrimonio y las estratagemas que iba a tener que emplear para evitar a su esposa después de oscurecer. Se durmió mientras reflexionaba, en vano, al respecto.

La procedencia del enorme oso grizzly que apareció esa noche fue un misterio durante mucho tiempo, mientras que los miembros del Circo Springs Brothers —que representaba su espectáculo en Sausalito— buscaron sin resultado y durante mucho tiempo a «*Big Ben*, el grizzly más grande en cautividad». *Big Ben* se había escapado y, de entre el laberinto de bungalós y propiedades rurales, escogió visitar los terrenos de James J. Ward. El señor Ward fue consciente cuando se encontró en pie de repente, tembloroso y tenso, con la imperiosa necesidad de luchar en el pecho y en los labios el viejo canto de guerra. Del exterior llegaban los furiosos aullidos y ladridos de los perros. En medio de aquel caos, reconoció, cortante como un cuchillo, la agonía de un perro herido. Era uno de los suyos.

Sin ponerse las zapatillas y en pijama, reventó la puerta que Lee Sing había cerrado con llave, corrió escaleras abajo y salió a la oscuridad de la noche. En cuanto sus

pies descalzos pisaron el camino de grava, se detuvo de repente, buscó bajo los peldaños un escondite que conocía muy bien y de él sacó un garrote enorme de madera nudosa, su viejo compañero en muchas aventuras de noches rabiosas en las colinas. El frenético alboroto de los perros se acercaba y, mientras balanceaba el garrote, saltó hacia los matorrales para enfrentarse a él.

Los que ocupaban la casa, ya despiertos, se reunieron en la ancha galería. Alguien encendió la luz eléctrica, pero solo lograron ver sus propios rostros asustados. Más allá del camino de entrada, vivamente iluminado, los árboles formaban un muro impenetrable de oscuridad. Sin embargo, en algún punto de esa negrura tenía lugar una lucha espantosa. Se oía el alboroto infernal de los animales, una gran cantidad de gruñidos y rugidos, el ruido de los golpes al caer y el de la maleza al crujir y romperse bajo unos cuerpos muy pesados.

La pelea avanzó desde el interior del bosque hasta el camino de entrada, justo bajo los curiosos. Entonces oyeron gritar a la señora Gersdale y la vieron agarrarse a su hijo antes de desmayarse. Lilian, aferrada a la barandilla con tanta fuerza que tuvo las yemas de los dedos magulladas durante varios días, miraba atenazada por el horror a un gigante de cabello amarillo y ojos salvajes al que reconoció como el hombre que iba a ser su esposo. Balanceaba un garrote enorme y luchaba ferozmente, sin perder la calma, contra un monstruo peludo más grande que cualquier oso de los que ella hubiese visto jamás. Un arañazo de las garras de la bestia había arrancado la chaqueta del pijama de Ward y bañado su carne de sangre.

Aunque la mayor parte del miedo que sentía Lilian Gersdale era por el hombre al que amaba, en buena medida también era por el hombre en sí. Jamás había soñado la joven que un salvaje tan magnífico y formidable se ocultara bajo la camisa almidonada y el convencional atuendo de su prometido. Y no tenía ni idea de cómo luchaba un hombre. Pero aquella no era una lucha moderna, ni tenía ante sus ojos a un hombre moderno, aunque eso ella no lo supiera. Porque aquel no era James J. Ward, el empresario de San Francisco, sino un desconocido sin nombre, una criatura salvaje, ordinaria y primitiva que, por algún capricho del azar, volvía a vivir tras muchos miles de años.

Los perros, sin dejar de alborotar como locos, rodeaban a los contendientes y a veces embestían desde distintos puntos para distraer al oso. Cuando el animal se giraba para atender a esas agresiones por los flancos, el hombre atacaba y usaba el garrote. Más enfadado tras cada uno de esos golpes, el oso acometía y el hombre, apartándose de un salto y esquivando a los perros, retrocedía o se movía en círculo. Entonces los perros aprovechaban el hueco y volvían a atacar para atraer la ira del animal hacia ellos.

El final llegó de repente. Al girarse, el oso hizo blanco en uno de los perros con un golpe amplio y demoledor que envió al pobre bicho por los aires, con las costillas hundidas y el lomo roto, para caer a seis metros de distancia. Entonces el animal humano enloqueció. Una ira incontrolable lo dominó y un grito inarticulado salió de su boca, se

abalanzó hacia el grizzly, balanceó el garrote salvajemente con ambas manos y lo dejó caer sobre la cabeza del oso. Ni siquiera el cráneo de un grizzly podría soportar la fuerza aplastante de semejante golpe, y el animal cayó para alegría de los perros, entre cuyos correteos el hombre saltó sobre el oso y, bajo el resplandor de la luz eléctrica, apoyado en el garrote, cantó su triunfo en una lengua desconocida. Era una canción tan antigua que el profesor Wertz habría dado diez años de su vida por ella.

Los invitados corrieron a felicitarlo y aclamarlo, pero James Ward, que de repente miraba a través de los ojos del teutón primitivo, vio a la frágil y hermosa joven del siglo XX a la que amaba y sintió que algo se rompía en su cerebro. Se dirigió hacia ella tambaleándose débilmente, dejó caer el garrote y estuvo a punto de desmayarse. Algo le había ocurrido. En su mente sentía una agonía insoportable. Era como si su alma se hubiese partido en dos y una de las partes hubiese huido. Para seguir la dirección de los ojos entusiasmados de los otros, miró hacia atrás y vio el cadáver del oso. La imagen lo llenó de pavor. Gritó y habría salido corriendo si no lo hubiesen contenido y guiado al interior del bungalow.



JAMES J. WARD sigue dirigiendo Ward, Knowles & Co. Pero ya no vive en el campo ni corre tras los coyotes a la luz de la luna. El teutón primitivo que había en él murió la noche de la pelea con el oso en Mill Valley. James J. Ward ahora es solo James J. Ward y no comparte su cuerpo con ningún anacronismo vagabundo del mundo primigenio. Tan totalmente moderno es James J. Ward que conoce en su más amarga intensidad la maldición del miedo civilizado. Ahora teme a la oscuridad y pensar en pasar una noche en el bosque provoca en él el mayor de los terrores. Su casa de la ciudad está siempre impecable y él muestra gran interés en cualquier dispositivo que sirva para evitar robos. Su hogar es una maraña de cableado eléctrico y durante la noche cualquier invitado encuentra casi imposible respirar sin hacer saltar alguna alarma. Además, consiguió que inventaran para él una cerradura sin llave, de combinación, que los viajeros pueden llevar en el bolsillo de su chaleco y utilizar de inmediato y sin fallos en cualquier situación. Pero su esposa no lo tiene por cobarde. Lo conoce bien. Y, como cualquier héroe, él se contenta con dormirse en los laureles. Los amigos que están al tanto del episodio de Mill Valley jamás cuestionan su valentía.

[1910]



Chantaje alado



PETER WINN, con los ojos cerrados, se hallaba cómodamente reclinado en un sillón de la biblioteca, concentrado en un plan de campaña que en un futuro próximo le serviría para poner en guardia a cierta camarilla de financieros hostiles. La idea central se le había ocurrido la noche anterior y ahora se deleitaba proyectando los detalles más indirectos y secundarios. Si obtenía el control de cierto banco del interior, dos almacenes y varios campamentos madereros podría llegar a dominar cierta línea férrea pequeña y sin importancia, cuyo nombre no daremos, pero que en sus manos sería clave en un proyecto mucho más amplio que supondría casi más kilómetros de líneas principales que remaches había en la línea pequeña y sin importancia. Era tan sencillo que había estado a punto de reírse en voz alta cuando se le ocurrió. No le extrañaba que sus astutos enemigos de siempre lo hubiesen dejado pasar.

Se abrió la puerta de la biblioteca y entró un hombre de mediana edad, delgado y con gafas. En las manos llevaba un sobre y una carta abierta. Era el secretario de Peter Winn y una de sus tareas consistía en descartar, ordenar y clasificar el correo de su jefe.

—Esta carta ha llegado en el correo de la mañana —dijo en tono de disculpa, con un atisbo de risita nerviosa—. No creo que sea nada, pero me ha parecido que le gustaría verla.

—Léala —ordenó Peter Winn sin abrir los ojos.

El secretario se aclaró la garganta.

—Está fechada el diecisiete de julio, pero no trae dirección. El matasellos es de San Francisco. Está plagada de faltas y mal redactada. Dice así: «Sr. Peter Winn: Señor: le envío con respeto y con urgencia una paloma que vale lo suyo. Es una ricura....

—¿Qué es una ricura? —interrumpió Peter Winn.

El secretario dejó escapar una risita nerviosa.

—Le aseguro que no lo sé, pero debe tratarse de una forma de adjetivar algo bueno. La carta continúa así: «Por favor, flétela con un par de billetes de mil dólares y suéltela. Si lo hace nunca le molestaré más. Si no lo hace se arrepentirá». Eso es todo. Está sin firmar. Pensé que le parecería divertido.

—¿Ha llegado la paloma? —preguntó Peter Winn.

—No se me ha ocurrido preguntar.

—Pues hágalo.

A los cinco minutos el secretario estaba de vuelta.

—Sí, señor. Llegó esta mañana.

—Tráigamela.

El secretario era partidario de tomarse aquel asunto como una broma, pero Peter Winn, tras examinar atentamente al ave, no estuvo de acuerdo.

—Mírela —dijo, mientras la acariciaba y la manipulaba—. Fíjese en el largo del cuerpo y del cuello. Es una mensajera auténtica. Creo que nunca he visto un ejemplar mejor que este. De músculos fuertes y alas potentes. Como nuestro amigo anónimo de la carta ha dicho, es una ricura. Estoy tentado a quedármela.

El secretario dejó escapar una de sus risitas.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que no permitirá que vuelva junto a quien escribió la carta.

Peter Winn negó con la cabeza.

—Pienso responder. Nadie puede amenazarme, aunque sea de forma anónima o estúpida.

Cogió una hoja de papel, escribió un sucinto mensaje: «Váyase al infierno», lo firmó y lo depositó en el equipo de transporte que el ave llevaba adjunto.

—Ahora suéltela. ¿Dónde está mi hijo? Me gustaría que la viese volar.

—Abajo, en el taller. Anoche durmió allí y esta mañana ha pedido que le envíen el desayuno.

—Acabará rompiéndose el cuello —comentó Peter Wynn, entre enfadado y orgulloso, mientras se dirigía al porche.

De pie en la parte alta de la ancha escalinata, lanzó a la hermosa criatura hacia arriba y hacia fuera. Con un rápido movimiento de alas, la paloma se estabilizó, revoloteó indecisa durante unos segundos y luego se elevó en el aire.

Ya en altura volvió a mostrar indecisión, pero enseguida se orientó y puso rumbo al este, por encima de los robles que salpicaban el terreno, similar a un parque.

—Preciosa, preciosa —murmuró Peter Winn—. Casi desearía que volviera.

Pero Peter Winn era un hombre muy ocupado, con tantos planes en la cabeza y tantas riendas en las manos que enseguida olvidó el incidente. Tres noches después, el ala izquierda de su casa de campo voló por los aires. No fue una explosión excesivamente fuerte y no hubo heridos, pero el ala quedó destruida. Entre otras cosas, la mayor parte de las ventanas del resto de la casa quedaron afectadas. En el primer ferry procedente de San Francisco llegaron media docena de policías y varias horas después el secretario, muy nervioso, abordó a Peter Winn.

—¡Ha venido! —dijo el secretario con un grito ahogado, la frente cubierta de sudor y los ojos abiertos como platos.

—¿Quién ha venido? —preguntó Peter.

—¡La ricura! ¡La paloma!

Entonces, el financiero lo comprendió todo.

—¿Ha mirado ya el correo?

—Estaba haciéndolo, señor.

—Pues continúe, a ver si encuentra otra carta de nuestro amigo misterioso, el criador de palomas.

La carta apareció. Decía:

«Señor Peter Winn:

Ilustre señor: No sea idiota. Si hubiese cumplido, su choza no habría volado por los aires. Le informo con todo respeto y le envío a la misma paloma. Cuídela bien, gracias. Cárguela con cinco billetes de mil dólares y suéltela. No le dé de comer. No intente seguirla. Ya conoce el camino y le llevará menos tiempo. Si no cumple, ándese con ojo».

Peter Winn se enfadó mucho. Esta vez no redactó un mensaje para la paloma. Lo que hizo fue llamar a los policías y, siguiendo su consejo, añadió peso a la paloma. Como anteriormente había volado hacia el este, rumbo a la bahía, encargaron a la motora más veloz de Tiburón que se ocupase de perseguirla si volaba sobre las aguas.

Pero el peso que habían añadido a la mensajera resultó excesivo y el ave acabó exhausta antes de alcanzar la costa. Luego cometieron el error de añadirle poco peso, por lo que se elevó en el aire, se orientó y puso rumbo al este, cruzando la bahía de San Francisco. Voló por encima de la Isla de los Ángeles y allí la perdió la motora, porque se vio obligada a rodear la isla.

Esa noche, un grupo de guardias armados patrullaron la propiedad. Pero no se produjo explosión alguna. Sin embargo, a primera hora de la mañana Peter Winn recibió una llamada telefónica y supo que la casa de su hermana, en Alameda, había ardió hasta los cimientos. Dos días después regresó la paloma, esta vez enviada por flete en lo que parecía un tonel de patatas. También llegó otra carta:

Señor Peter Winn:

Respetable señor: me encargué yo de la casa de su hermana. La ha armado buena. Ahora envíe diez mil. Esto sube cada vez. Y no cargue a la paloma con más peso. No va a poder seguirla y eso es crueldad contra los animales.

Peter Winn estaba dispuesto a rendirse. Los policías no podían hacer nada y Peter no sabía dónde podría atacar ese hombre la próxima vez. Quizá corriesen peligro las vidas de sus seres más queridos. Incluso telefoneó a San Francisco para pedir diez mil dólares en billetes grandes. Sin embargo, Peter tenía un hijo, también llamado Peter Winn, con la misma mandíbula fuerte y cuadrada, y la misma determinación amenazante en la mirada. Solo contaba veintiséis años, pero era un hombre hecho y derecho que hacía las delicias del padre y lo aterraba a partes iguales, pues lo obligaba a alternar entre el orgullo que sentía por las hazañas del hijo en su aeroplano y el miedo a que sus aventuras acabasen mal y de forma definitiva.

—Espera, padre, no envíes el dinero —dijo Peter Winn hijo—. El número ocho está preparado y sé que por fin he perfeccionado el dispositivo para tomar rizos. Funcionará y revolucionará la aviación. Se necesitan dos cosas: velocidad y superficies sustentadoras para despegar y lograr altitud. Ya tengo ambas cosas. En cuanto asciendo, tomo rizos. Ese es el truco. Cuanto menor sea la superficie sustentadora, mayor será la velocidad. Esa es la ley que descubrió Langley. Y yo la he aplicado. Puedo ascender cuando el aire está en calma, incluso aunque pierda sustentación, y también cuando sopla el viento y, gracias al control de las superficies del aeroplano, puedo alcanzar casi cualquier velocidad que desee, sobre todo con el nuevo motor Sangster-Endholm.

—Un día de estos acabarás rompiéndote el cuello —fue el alentador comentario del padre.

—Papá, lo que acabaré consiguiendo será volar a ciento cincuenta kilómetros por hora. Sí, y a más. ¡Escucha! Iba a probarlo mañana, pero no tardaré ni dos horas en prepararlo para hoy. Lo tendré listo a primera hora de la tarde. Guarda el dinero. Dame la paloma y la seguiré hasta su palomar, esté donde esté. Espera, voy a hablar con los mecánicos.

Llamó al taller y dio órdenes con frases secas y concisas, de una forma que llegó al corazón del padre. Sin duda, su único hijo salía a él. De tal palo, tal astilla y Peter Winn no dudaba del valor intrínseco del palo.

Dos horas después, sin un minuto de retraso, el joven estaba listo para volar. Sujeta a la cadera llevaba una funda en la que, amartillada y con el seguro puesto, guardaba una pistola automática de gran calibre, lista para ser usada al instante. Tras una inspección final, ocupó su puesto en el interior del aeroplano. Puso en marcha el motor y, entre fuertes ronroneos, la hermosa estructura corrió por la pista de despegue y remontó el vuelo. Mientras ascendía iba girando hacia el oeste, probando varios tipos de maniobras a la espera de que diese comienzo la carrera.

Eso dependía de la paloma, a la que Peter Winn sujetaba. Esta vez no le había añadido peso alguno, aunque llevaba medio metro de lazo de colores firmemente atado a una pata, para que seguirla resultase más sencillo. Peter Winn la soltó y el ave ascendió sin dificultad, a pesar del lazo. En sus movimientos no había indecisión. Era la tercera vez que realizaba ese viaje y sabía el curso a seguir.

A varias decenas de metros de altitud, enderezó el rumbo y se dirigió al este. El aeroplano giró para seguirla: la carrera comenzaba. Peter Winn alzó la vista y comprobó que la paloma dejaba atrás al aparato. Pero enseguida vio algo más: de repente y al instante, el aeroplano se hizo más pequeño. Había tomado rizos. Ahora se apreciaba su diseño de alta velocidad. En lugar de la generosa envergadura con la que había despegado, ahora era un monoplano esbelto y parecido a un halcón, que se mantenía en equilibrio gracias a unas alas largas y muy delgadas.

Cuando el joven Winn tomó rizos de forma tan repentina, se llevó una sorpresa. Era la primera vez que probaba su nuevo dispositivo y, aunque estaba preparado para que aumentase la velocidad, no lo estaba para que el aumento fuese tan impresionante. Era mejor de lo que había soñado y, sin tener tiempo a reaccionar, se encontró encima de la paloma. Esa pequeña criatura, asustada por aquel halcón, el más grande que había visto jamás, se lanzó hacia arriba de inmediato, como hacen las palomas cuando se esfuerzan por volar más alto que el halcón que las persigue.

Realizando amplias curvas, el aeroplano ascendió tras ella, cada vez más arriba. Desde abajo resultaba difícil ver a la paloma y el joven Winn no se atrevía a perderla de vista. Incluso soltó los rizos para elevarse más rápidamente. Continuaron subiendo, hasta que la paloma, siguiendo su instinto, se dejó caer y golpeó lo que, según creía, era el lomo de su enemigo. Le bastó con hacerlo una vez porque, al no encontrar vida en la suave superficie de tela del aparato, dejó de subir y enderezó el rumbo hacia el este.

Una paloma mensajera siguiendo una ruta que ya conoce puede volar a gran velocidad y Winn volvió a tomar rizos. Para su satisfacción, de nuevo descubrió que avanzaba más que la paloma. Pero enseguida soltó una parte de los rizos que recogían su superficie sustentadora y aminoró a tiempo. Supo que desde ese momento podría seguirla sin problemas y de sus labios surgió una cantinela que, sin darse cuenta, repitió a intervalos durante todo el viaje. Decía: «Vamos bien. Vamos bien, ¿no lo había dicho yo?».

Sin embargo, no todo fue tan sencillo. El aire es un medio inestable y, sin la más mínima advertencia, en un ángulo agudo, se adentró en una marea de aire que reconoció como la corriente aérea del golfo que cruzaba el turbulento estrecho Golden Gate. Su ala derecha lo sintió primero: una bocanada repentina y fuerte que elevó e inclinó el aeroplano y amenazó con volcarlo. Pero disponía de un freno flexible y rápidamente, aunque sin excederse, movió los ángulos de los extremos de las alas, bajó el timón horizontal delantero y giró el timón vertical trasero para enfrentarse a la oscilante estocada del viento. Cuando el aparato recuperó la normalidad y supo que ya se había adentrado

por completo en la corriente invisible, reajustó los extremos de las alas, volvió los timones a su posición anterior, tomó rizos en unos pocos metros más de superficie y salió embalado tras la paloma, que se había alejado rápidamente durante los pocos minutos que había durado su desconcierto.

La paloma se dirigía en línea recta hacia la costa del condado de Alameda y precisamente cerca de esa costa a Winn le tocó vivir otra experiencia curiosa. Perdió sustentación. En vuelos anteriores ya había perdido sustentación, pero nunca había caído tanto como entonces. Con los ojos fijos en el lazo atado a la paloma, calculó su caída gracias a ese pedazo de color. Continuó descendiendo; en la boca del estómago esa sensación de ansiedad que había sentido de niño la primera vez que subió a un ascensor de arranque rápido. Pero Winn, entre otros secretos de la aviación, había aprendido que para ascender a veces era necesario descender primero. El aire se negaba a sustentarlo. En lugar de luchar en vano y peligrosamente contra esa falta de sustentación, se rindió a ella. Concentrado y con el pulso firme, bajó el timón horizontal delantero —un tanto imprudentemente, pero solo lo necesario— y el monoplano se lanzó en picado al vacío. Caía como la hoja afilada de un cuchillo. A cada segundo la velocidad aceleraba terriblemente. Así acumulaba el impulso que lo salvaría. Fueron necesarios pocos segundos porque, de repente, cambió el sentido de los timones horizontales dobles, delantero y trasero, y el tenso y esforzado aeroplano salió embalado hacia arriba y recuperó la sustentación.

A una altitud de ciento cincuenta metros, la paloma cruzó la ciudad de Berkeley y continuó volando hacia los montes de Contra Costa. El joven Winn observó el campus y los edificios de la Universidad de California —la suya— mientras ascendía en pos de la paloma.

Una vez más, en los Montes de Contra Costa, estuvo a punto de fracasar. La paloma volaba bajo y, en un punto donde un eucaliptal formaba una fachada sólida contra el viento, el ave salió revoloteando de repente hacia arriba durante treinta metros. Winn sabía lo que eso significaba. Se había visto atrapada en una corriente aérea que ascendía decenas de metros donde el viento fresco del oeste golpeaba el muro formado por el eucaliptal. Tomó rizos al máximo y al mismo tiempo hizo descender su ángulo de vuelo para enfrentarse a la corriente ascendente. Sin embargo, el monoplano se vio lanzado casi cien metros hacia arriba antes de poder dejar atrás el peligro.

La paloma cruzó dos cordilleras más y luego Winn vio que descendía hacia un claro entre colinas en el que había una cabaña pequeña. Bendijo la presencia de ese claro. No solo le serviría para posarse en él, sino que además, debido a lo empinado de la ladera, era lo que necesitaba para volver a despegar.

Un hombre que leía el periódico se acababa de poner en pie al ver llegar a la paloma cuando oyó el ronroneo del motor de Winn y vio el enorme monoplano, con todas las superficies desplegadas, descender hacia él, detenerse de repente sobre un colchón de

aire creado en el momento al mover los timones horizontales, planear unos metros, tocar el suelo y detenerse muy cerca de donde se encontraba. Pero cuando vio que un joven permanecía sentado y tranquilo en el interior del aeroplano y lo apuntaba con una pistola, se dio la vuelta y echó a correr. Antes de que pudiera ocultarse tras la cabaña, una bala le atravesó la pierna y lo derribó.

—¿Qué quiere? —preguntó, hosco, mientras el otro permanecía en pie a su lado.

—Llevarle a dar una vuelta en mi nuevo aparato —respondió Winn—. Créame, es una ricura.

El hombre no discutió durante mucho tiempo porque su extraño visitante resultó muy convincente. Siguiendo las instrucciones de Winn, siempre ayudado por la pistola, el hombre improvisó un torniquete en la pierna herida. Winn lo ayudó a subir al aparato, luego se dirigió al palomar y tomó posesión del ave, que aún llevaba el lazo atado a la pata.

El hombre demostró ser un prisionero muy dócil. De nuevo en el aire, permaneció pegado a él, muerto de miedo. Aunque era experto en el chantaje alado, no tenía aptitudes para volar y cuando se vio a tanta altura sobre la tierra y el agua no se sintió empujado a atacar a su captor, al que ya no protegía la pistola porque utilizaba ambas manos para volar.

Lo único que deseaba aquel hombre era sentarse lo más cerca posible del piloto.



PETER WINN PADRE escudriñaba el cielo con unos prismáticos cuando vio surgir al monoplano sobre la escarpada superficie de la Isla de los Ángeles y hacerse cada vez más grande. Varios minutos después, al comprobar que el aparato llevaba un pasajero, avisó a los policías. El aeroplano descendió, acumuló un colchón de aire y aterrizó.

—¡El dispositivo para tomar rizos es una maravilla! —gritó el joven Winn mientras se apeaba—. ¿Me viste al principio? Estuve a punto de adelantar a la paloma. ¡Vamos, bien, papá! ¡Vamos bien! ¿No te lo había dicho? ¡Vamos bien!

—Pero ¿quién es ese que te acompaña? —preguntó el padre.

El joven miró a su prisionero, del que se había olvidado.

—Ah, es el criador de palomas —respondió—. Supongo que los policías se harán cargo de él.

Peter Winn estrechó la mano de su hijo en silencio y acarició a la paloma que el joven le había entregado. Al rato volvió a acariciarla y luego habló.

—Prueba A de la acusación —dijo.



A puñetazos



BORDO DEL VELERO *SAMOSET* se realizaban los preparativos para celebrar la Navidad. Hacía meses que no atracaban en un puerto civilizado y entre las reservas de provisiones que daban pocas exquisiteces, pero Minnie Duncan había conseguido elaborar un buen festín para la cabina y el castillo de proa.

—Escucha, Boyd —le dijo a su marido—, estos son los menús. Para la cabina, bonito crudo al estilo nativo, sopa de tortuga, tortilla a la *Samoset*...

—¿Qué rayos es eso? —interrumpió Boyd Duncan.

—Pues, para que lo sepas, encontré una lata de champiñones y un paquete de huevo en polvo que se habían caído por detrás de un armario. Además, tengo otros ingredientes que pienso añadir. Pero no me interrumpas. Ñame cocido, taro frito, ensalada de aguacate... vaya, ya me he liado. También encontré un delicioso medio kilo de pulpo desecado. Habrá alubias con tomate a la mexicana, si consigo que Toyama comprenda la receta, además de papaya asada con miel de las Marquesas y, por último, un pastel maravilloso cuyo secreto Toyama se niega a divulgar.

—Me pregunto si será posible preparar ponche o algún cóctel con ron del malo —murmuró Duncan en tono abatido.

—¡Oh, lo había olvidado! Ven conmigo.

La mujer tomó su mano y lo hizo cruzar la pequeña puerta que daba a su diminuto camarote individual. Sin soltarlo, rebuscó en las profundidades de una sombrerera y sacó una botella de champán.

—¡La cena está completa! —exclamó él.

—Espera.

Volvió a rebuscar y fue recompensada con una petaca de whisky montada en plata. La sostuvo frente a la luz que entraba por un portillo y así pudieron ver que aún guardaba un cuarto de licor.

—Hace semanas que lo reservo —explicó ella—. Hay suficiente para ti y para el capitán Dettmar.

—Dos copitas —se quejó Duncan.

—Habría tenido más, pero le di un trago a Lorenzo cuando se puso enfermo.

—Podías haberle dado ron —gruñó Duncan en tono de guasa.

—¡Ese licor repugnante! ¡Para un enfermo! No seas avaricioso, Boyd. Y me alegro de que no haya más, por el bien del capitán Dettmar. Cuando bebe siempre se vuelve irascible. Ahora, la comida de la tripulación: galletas de soda, pan dulce, caramelo de...

—Todo muy sustancioso.

—Cállate. Arroz y curry, ñame, taro y bonito, por supuesto, un gran pastel que está haciendo Toyama, cochinitillo...

—¡Oh, no hay derecho! —protestó el marido.

—Tranquilo, Boyd. Dentro de tres días llegaremos a Attu-Attu. Y el cochinitillo es mío. Ese anciano jefe, comoquiera que se llamase, me lo regaló a mí. Tú mismo lo viste. Además, dos latas de carne. Esa será su comida. Y ahora, los regalos. ¿Esperamos a mañana o se los damos esta tarde?

—Tiene que ser en Nochebuena —opinó el hombre—. Los reuniremos a todos a las ocho campanadas. Les daré un dedo de ron y luego tú les entregas los regalos. Vamos a cubierta. Esto es sofocante. Espero que Lorenzo tenga suerte con la dinamo porque sin los ventiladores no dormiremos demasiado esta noche, si nos vemos obligados a permanecer abajo.

Cruzaron la pequeña cabina principal, ascendieron una empinada escalera y salieron a cubierta. El sol empezaba a ponerse y prometía una despejada noche tropical. El *Samoset*, con las velas mayor y trinquete desplegadas, se deslizaba indolente a una velocidad de cuatro nudos sobre el mar en calma. A través de la lumbrera de la sala de máquinas percibieron un martilleo. Avanzaron hacia popa, donde el capitán Dettmar, con un pie en la barandilla, engrasaba el engranaje de la corredera mecánica. Al timón se hallaba un nativo de los mares del Sur, muy alto y ataviado con una camiseta blanca y un taparrabos escarlata.

Boyd Duncan era un extravagante. Al menos eso opinaban sus amigos. Dueño de una fortuna considerable, sin necesidad de hacer otra cosa que vivir cómodamente, prefería viajar alrededor del mundo de una forma estrafalaria y muy incómoda. Además, tenía sus ideas acerca de los arrecifes de coral, no estaba en absoluto de acuerdo con Darwin en ese aspecto, había expresado su opinión en varias monografías y un libro y ahora volvía a dedicarse a su pasatiempo preferido: surcar los mares del Sur en un pequeño velero de treinta toneladas para estudiar las formaciones coralinas.

A su esposa, Minnie Duncan, también la tenían por extravagante, ya que compartía encantada los vagabundeos del marido. Entre otras cosas, durante los seis apasionantes años que llevaban casados, había ascendido el volcán Chimborazo con él, realizado un viaje por Alaska de casi cinco mil kilómetros en invierno, con perros y trineos, montado a caballo desde Canadá hasta México, surcado el Mediterráneo en una embarcación de diez toneladas y cruzado en canoa el corazón de Europa, desde Alemania hasta el Mar Negro. Formaban una magnífica pareja de apasionados por el viaje; él, grande y de hombros cuadrados; ella, pequeña, morena y feliz, cuyos cincuenta kilos de peso eran puro aguante y valor y, a pesar de todo, gratos a la vista.

El *Samoset* había sido una goleta mercante antes de que Duncan lo adquiriese en San Francisco y lo reformase. Había reconstruido por completo su interior y convertido la bodega en cabina principal y camarotes individuales, además de instalar, desde la crujía hacia popa, motores, una dinamo, una máquina de hielo, acumuladores y, más a popa, tanques de gasolina. Necesitaba una pequeña tripulación. Boyd, Minnie y el capitán Dettmar eran los únicos blancos a bordo, aunque Lorenzo, el pequeño y grasiento maquinista, afirmaba tener parte de blanco porque era mestizo portugués. El cocinero era japonés y el grumete, chino. La tripulación de cubierta original había estado compuesta por cuatro blancos, pero uno a uno habían sucumbido a los encantos de las tranquilas islas de los mares del Sur, por lo que fueron reemplazados por nativos. Uno procedía de la Isla de Pascua, otro de las Carolinas, un tercero de las Paumotu y el cuarto era un samoano gigantesco. Mientras navegaban, Boyd Duncan, que era oficial de derrota, compartía la guardia con el capitán Dettmar y ambos ocupaban a veces el timón o la cofa para el vigía. En caso de apuro, incluso Minnie podía ocuparse del timón y entonces demostraba que era más fiable que los nativos.

A las ocho campanadas toda la tripulación se reunió junto al timón y Boyd Duncan se presentó con una botella negra y una taza. Sirvió él mismo el ron, media taza para cada hombre. Se lo bebieron de un trago entre expresiones faciales de placer, para luego relamerse de gusto, aunque el licor era lo bastante fuerte y corrosivo como para quemarles las mucosas. Bebieron todos excepto Lee Goom, el grumete, que era abstemio. Concluido ese rito, aguardaron al siguiente, la entrega de regalos. Aquellos polinesios de cuerpos enormes y poderosos músculos eran, en el fondo, como niños y se reían alegres ante las cosas pequeñas. Sus ojos negros y ansiosos destellaban bajo la luz del farol mientras sus corpachones oscilaban al ritmo del barco.

Llamando a cada uno por su nombre, Minnie repartió los regalos, acompañando cada entrega con algún comentario alegre que hizo aumentar el regocijo de todos. Había relojes, navajas, impresionantes surtidos de anzuelos en sus cajas, tabaco de mascar, cerillas y hermosas piezas de tela para hacer taparrabos. Resultaba evidente que apreciaban a Boyd Duncan por las risas con las que recibían la más insignificante de sus bromas.

El capitán Dettmar, pálido y sonriendo solo cuando su jefe lo miraba, se apoyaba en el timón y observaba. En dos ocasiones abandonó el grupo y fue abajo, donde permaneció

ció un minuto cada vez. Después, en la cabina principal, cuando Lorenzo, Lee Goom y Toyama recibieron sus regalos, volvió a desaparecer dos veces en el interior de su camarote. El diablo había permanecido dormido en el alma del capitán Dettmar para despertar precisamente en aquel momento de celebración y alegría. Tal vez no fuese solo culpa del diablo, porque el capitán Dettmar había conservado en secreto durante muchas semanas un cuarto de galón de whisky y elegido Nochebuena para trasegarlo.

Aún era temprano —acababan de sonar las dos campanadas— cuando Duncan y su mujer se encontraban junto a la escalera de la cabina, mirando a barlovento y sopesando la posibilidad de extender sus camas en la cubierta. La mancha oscura y pequeña de una nube que se formaba lentamente en el horizonte amenazaba lluvia y era precisamente eso lo que estaban comentando cuando el capitán Dettmar, procedente de popa y a punto de bajar, los miró con desconfianza. Se detuvo, con el rostro dominado por gestos espasmódicos. Luego dijo:

—Están hablando de mí.

Tenía la voz ronca y parecía nervioso. Minnie Duncan iba a responder, pero miró el rostro inmóvil de su marido, siguió su ejemplo y no dijo nada.

—He dicho que estaban hablando de mí —insistió el capitán Dettmar, y esta vez casi rugió.

No se tambaleaba ni traicionaba de otra forma el alcohol que llevaba dentro, excepto por los gestos convulsos de su rostro.

—Minnie, será mejor que bajes —dijo Duncan en tono amable—. Dile a Lee Goom que dormiremos abajo. Ese chaparrón no tardará mucho en empaparlo todo.

Ella hizo caso y se marchó, demorándose lo justo para mirar con preocupación los rostros poco iluminados de los dos hombres.

Duncan continuó fumando su puro y aguardó hasta que la voz de su mujer, en conversación con el grumete, le llegó a través de la lumbrera abierta.

—¿Y bien? —preguntó Duncan en voz baja pero muy seca.

—He dicho que estaban hablando de mí. Y lo vuelvo a decir. No estoy ciego. Día tras día los he visto hablar de mí. ¿Por qué no se anima y me lo dice a la cara? Sé que ha decidido despedirme en Attu-Attu.

—Siento que lo eche todo a perder de esta forma —fue la respuesta tranquila de Duncan.

Pero el capitán Dettmar estaba decidido a buscar pelea.

—Sabe que va a despedirme. Se cree demasiado bueno para relacionarse con gente como yo. Usted y su mujer.

—Tenga la amabilidad de no meterla en esto —advirtió Duncan—. ¿Qué quiere?

—Quiero saber qué piensa hacer.

—Después de esto, despedirlo en Attu-Attu.

—Era su intención desde el principio.

—Al contrario. Lo que me obliga a hacerlo es su conducta actual.

—No me venga con esas.

—No puedo conservar a un capitán que me llama mentiroso.

El capitán Dettmar se quedó desconcertado. Su rostro y sus labios se movían, pero no podía articular palabra. Duncan fumaba sin perder la calma y miraba a popa, hacia la nube cada vez más grande.

—Lee Goom subió el correo a bordo en Tahití —dijo el capitán Dettmar—. Ya estábamos virando a pique para zarpar. Usted no miró las cartas hasta que salimos a alta mar y entonces ya era tarde. Por eso no me despidió en Tahití. Lo sé bien. Vi el sobre alargado cuando Lee Goom subió a bordo. Era del gobernador de California, tenía su sello en una esquina, bien a la vista. Ha estado maniobrando a mis espaldas. Algún raquero vagabundo de Honolulu le contaría el rumor y usted le escribiría al gobernador para asegurarse. Lo que Lee Goom le llevó era su respuesta. ¿Por qué no habló conmigo, como un hombre? No, prefirió portarse de forma deshonesta, sabiendo que este viaje era mi oportunidad de recuperar el buen rumbo. En cuanto leyó la carta del gobernador decidió librarse de mí. Lo he visto en su rostro todo el tiempo, durante estos meses. Les he visto a los dos, siempre amables y educados conmigo, esconderse en los rincones para hablar de mí y de ese asunto de San Francisco.

—¿Ha terminado? —preguntó Duncan en voz baja y tensa—. ¿Del todo?

El capitán Dettmar no respondió.

—Entonces hablaré yo. Precisamente por ese asunto de San Francisco no lo despedí en Tahití. Y sabe Dios que me provocó más que suficiente. Pensé que nadie necesitaba más que usted la oportunidad de rehabilitarse. De no haber existido esos antecedentes, lo habría despedido cuando me enteré de que me robaba.

El capitán Dettmar se mostró sorprendido, hizo ademán de hablar y luego se lo pensó mejor.

—El calafateo de la cubierta, los machos y hembras de bronce del timón, la revisión del motor, el nuevo botalón de la vela balón, los pescantes nuevos y las reparaciones de la chalupa. Usted aceptó la factura del astillero. Sumaba un total de cuatro mil ciento veintidós francos. Según las tarifas normales del astillero no habría pasado un céntimo de los dos mil quinientos francos.

—Si acepta la palabra de esos buitres costeros antes que la mía... —empezó a decir el otro con voz pastosa.

—Ahórrese la molestia de seguir mintiendo —continuó Duncan sin inmutarse—. Me ocupé de investigarlo. Hice que llevaran a Flaubin ante el gobernador y el muy bribón confesó que había cobrado mil seiscientos francos de más. Dijo que usted lo había obligado. Que usted se quedó con mil doscientos y a él le tocaron cuatrocientos y el trabajo. No me interrumpa. Abajo tengo su declaración jurada. Entonces sí que lo habría dejado en tierra, de no haberse encontrado usted desacreditado. O alguien le daba una

oportunidad o acabaría en un hoyo muy profundo. Yo le di esa oportunidad. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—¿Qué ha dicho el gobernador? —preguntó el capitán Dettmar en tono agresivo.

—¿Qué gobernador?

—El de California. ¿Le mintió, como los demás?

—Le contaré lo que me dijo. Dijo que lo habían condenado basándose en pruebas circunstanciales; que por eso fue castigado con cadena perpetua y no acabó en la horca; que usted siempre había insistido, sin descanso, en su inocencia; que era usted la oveja negra de los Dettmar de Maryland; que ellos habían removido cielo y tierra para lograr su indulto; que su conducta en la cárcel resultó ejemplar; que, en la época en que usted fue condenado, él era fiscal; que, después de que pasara siete años en la cárcel accedió a la petición de su familia y lo indultó; y que en el fondo él dudaba de que usted hubiese matado a McSweeny.

Se produjo una pausa que Duncan aprovechó para estudiar la nube de borrasca, mientras el rostro del capitán Dettmar gesticulaba sin descanso.

—Pues el gobernador se equivoca —anunció con una breve carcajada—. Yo maté a McSweeny. Esa noche emborraché al vigilante. Maté a McSweeny a golpes en su litera. Usé la cabilla de maniobra de hierro que guardaron como prueba. No tuvo la más mínima posibilidad. Lo dejé hecho papilla. ¿Le cuento los detalles?

Duncan lo miró con la curiosidad con la que habría mirado a un monstruo, pero no contestó.

—Oh, no me da miedo contárselo —se jactó el capitán Dettmar—. No hay testigos. Además, ahora soy libre. Me han indultado y no pueden volver a encerrarme en ese agujero. Con el primer golpe le rompí la mandíbula. McSweeny dormía boca arriba. Dijo: «¡Dios mío, Jim! ¡Por Dios!». Tuvo gracia ver cómo le temblaba la mandíbula mientras hablaba. Luego lo machaqué. ¿Le cuento el resto de los detalles?

—¿No tiene nada más que decir? —fue la respuesta.

—¿No le parece bastante? —contestó el capitán Dettmar.

—Sí, me basta.

—¿Qué piensa hacer al respecto?

—Dejarlo en tierra, en Attu-Attu.

—¿Y mientras?

—Mientras... —Duncan se detuvo. El viento sopló con más fuerza y le onduló el cabello. Las estrellas desaparecieron y el *Samoset* se desvió cuatro puntos de su rumbo ante la despreocupación del timonel—. Mientras, lance las drizas a cubierta y ocúpese del timón. Llamaré a los hombres.

En ese instante la borrasca estalló sobre ellos. El capitán Dettmar se apresuró a popa, sacó de los pasadores las drizas de la mayor adujadas y las lanzó a la cubierta, dispuesto a salir corriendo. Los tres nativos surgieron en masa del pequeño castillo de proa, dos

de ellos corrieron hacia las drizas mientras el tercero cerraba el tambucho de la sala de máquinas y daba la vuelta a los ventiladores. Abajo, Lee Goom y Toyama bajaban las tapas de las lumbreras y atornillaban las vigotas. Duncan cerró la tapa de la escotilla del tambucho y se quedó allí aguardando, mientras las primeras gotas de lluvia le empapaban el rostro y el *Samoset* daba un violento salto hacia adelante, al tiempo que escoraba, primero a estribor y luego a babor, según el viento racheado golpeaba sus velas.

Todos esperaron. Pero no fue necesario arriar velas. El viento perdió fuerza y la lluvia tropical lo inundó todo. El peligro había pasado y mientras los *kanakas*¹ empezaban a adujar de nuevo las drizas en los pasadores, Boyd Duncan decidió bajar.

—Todo va bien —le dijo alegremente a su mujer—. No ha sido más que una ráfaga.

—¿Y el capitán Dettmar? —preguntó ella.

—Ha estado bebiendo, eso es todo. En Attu-Attu me libraré de él.

Pero antes de subirse a su litera, Duncan sujetó sobre la piel y bajo la chaqueta del pijama una pesada pistola automática.

Se durmió casi de inmediato porque tenía el don de la relajación perfecta. Se dejaba llevar por la tensión al actuar, como los salvajes, pero en cuanto la necesidad pasaba, se relajaba en cuerpo y alma. Por eso se quedó dormido mientras la lluvia aún caía en cubierta y el velero cabeceaba y se balanceaba en el breve e intenso oleaje provocado por el chaparrón.

Se despertó con una sensación de asfixia y pesadez. Los ventiladores eléctricos se habían detenido y el aire era denso y bochornoso. Maldiciendo para sus adentros a todos los Lorenzos y los acumuladores del mundo, oyó moverse a su esposa en el camarote contiguo y salir a la cabina principal. Pensó que, evidentemente, se dirigía a cubierta en busca de aire fresco y le pareció un buen ejemplo a imitar. Se puso las zapatillas y, con una almohada y una manta bajo el brazo, la siguió. A punto de salir a la superficie desde la escalera, el reloj de la cabina empezó a dar la hora y se detuvo a escuchar. Cuatro campanadas. Eran las dos de la madrugada. Del exterior llegaba el crujido del racamento contra el palo. El *Samoset* se balanceaba ligeramente y la suave brisa hacía vibrar sus velas.

En el momento justo en que ponía el pie sobre la humedad de la cubierta oyó gritar a su esposa. Era un grito de sorpresa y miedo que se apagó con el ruido que hace un cuerpo al caer al agua. Saltó a cubierta y corrió a popa. A la suave luz de las estrellas distinguió la silueta de su cabeza y sus hombros, que se quedaba atrás, en la estela del barco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el capitán Dettmar desde el timón.

—La señora Duncan —respondió Boyd mientras arrancaba un salvavidas de su gancho y lo lanzaba a popa—. Trasluche a estribor y acérquese con viento de bolina.

Entonces Boyd Duncan cometió un error. Se lanzó al agua.

¹ Palabra que define a los nativos de ascendencia hawaiana. A los nativos de Hawái, pero de otro origen, se los denomina *kamainas*. (Todas las notas donde no se especifique la autoría son de la traductora).

Al salir a la superficie distinguió la luz azul de la boya salvavidas, que se había encendido de forma automática al caer al mar. Nadó hacia ella y descubrió que Minnie ya estaba allí.

—Hola —le dijo—. ¿Necesitabas refrescarte?

—¡Oh, Boyd! —exclamó ella y extendió una mano mojada para tocar la de él.

La luz azul, ya fuese por mala conservación o avería, parpadeó y se apagó. Al ascender la suave cresta de una ola, Duncan se giró hacia la imagen borrosa del *Samoset* en la oscuridad. No había luces, pero sí ruidos que indicaban caos a bordo. Pudo oír los gritos del capitán Dettmar por encima de los gritos de los otros.

—Debo decir que tarda lo suyo —se quejó Duncan—. ¿Por qué no cambia el rumbo? Allá va.

Oyeron el ruido de los cuadernales de aparejo de la botavara al aflojar la vela.

—Eso era la mayor —murmuró—. Trasluchada a babor, cuando yo le dije a estribor.

El empuje de una nueva ola los hizo ascender, seguida de otra y varias más, antes de poder distinguir el verde lejano de la luz de estribor del *Samoset*. Pero en lugar de permanecer inmóvil, como señal de que el velero navegaba hacia ellos, empezó a cruzar en horizontal su campo de visión.

Duncan maldijo en voz alta.

—¿Por qué se queda ahí ese marinero de agua dulce? —quiso saber—. Tiene el compás y conoce nuestro rumbo.

Pero la luz verde, lo único que veían y solo cuando se encontraban en la cresta de una ola, continuaba alejándose de ellos —al parecer navegaban contra el viento— y se atenuaba cada vez más. Duncan gritó con fuerza varias veces y en los intervalos siempre oían, aunque muy débil, la voz del capitán Dettmar gritando órdenes.

—¿Cómo me va a oír con semejante jaleo? —se quejó Duncan.

—Lo hace para que la tripulación no te oiga a ti —respondió Minnie.

La calma con la que lo dijo llamó la atención del marido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tiene intención de recogernos —contestó con la misma calma en la voz—. Él me tiró por la borda.

—¿No te habrás equivocado?

—Imposible. Me encontraba en la jarcia mayor, mirando a ver si amenazaba más lluvia. Seguramente dejó el timón y se acercó a mí sin hacer ruido. Yo me agarraba a un viento con una mano. Él me soltó la mano desde atrás y me arrojó al agua. Es una pena que no lo supieras, porque te habrías quedado a bordo.

Duncan gimió, aunque no dijo nada durante varios minutos. La luz verde cambió de rumbo.

—Ha virado por avante —anunció—. Tienes razón. Maniobra a barlovento a propósito. Contra el viento no podrán oírme, pero seguiré intentándolo.

Gritó a intervalos de un minuto durante un buen rato. La luz verde desapareció y fue reemplazada por la roja, lo que indicaba que el velero había vuelto a virar por delante.

—Minnie —dijo por fin—, me duele decírtelo, pero te has casado con un idiota. Solo un idiota habría saltado al agua como hice yo.

—¿Qué oportunidades tenemos de que nos recoja algún otro barco? —preguntó ella.

—Una entre diez mil o entre diez mil millones. Ni los vapores ni los mercantes cruzan esta parte del océano. Y en los mares del Sur no hay balleneros. Podría haber alguna goleta mercante solitaria, procedente de Tutuwanga. Pero sé bien que solo visitan esa isla una vez al año. Tenemos una oportunidad entre un millón.

—Pues nos la jugaremos —contestó ella con voz firme.

—¡Eres maravillosa! —Cogió su mano y la besó—. Y la tía Elizabeth sin comprender lo que había visto en ti. Claro que nos la jugaremos. Y además ganaremos. No podemos pensar en lo contrario. Allá vamos.

Soltó la pesada pistola que llevaba al cinto y dejó que se hundiera en el mar. Sin embargo, conservó el cinturón.

—Ahora pasa al interior del salvavidas e intenta dormir. Bucea para meterte dentro.

Ella se sumergió y salió a la superficie dentro del flotador. Duncan la sujetó con las correas y luego se pasó el cinto alrededor de un hombro y se ató al exterior del salvavidas.

—Aguantaremos bien todo el día de mañana —dijo—. Gracias a Dios que el agua está templada. Las primeras veinticuatro horas no serán muy duras. Y, si al caer la noche no nos han recogido, tendremos que aguantar un día más. No podemos hacer otra cosa.

Guardaron silencio durante media hora. Duncan, con la cabeza apoyada en el brazo que mantenía sobre el salvavidas, parecía dormido.

—¿Boyd? —llamó Minnie en voz baja.

—Creí que estabas dormida —masculló él.

—Boyd, si no salimos de esta...

—¡Calla! —exclamó él de malas maneras—. Por supuesto que saldremos de esta. No hay duda. En algún lugar de estas aguas hay un barco que se dirige hacia nosotros. Ya lo verás. Te lo digo tan seguro como si tuviese una radio en la cabeza. Y ahora, yo voy a dormir. Tú verás lo que haces.

Pero por una vez el sueño lo abandonó. Una hora después oyó removerse a Minnie y supo que estaba despierta.

—Oye, ¿sabes qué he estado pensando? —preguntó ella.

—No. ¿Qué?

—Que voy a desearte feliz Navidad.

—Caramba, no lo había pensado. Claro, es Navidad. Aún nos quedan muchas más por vivir. ¿Sabes lo que pienso yo? Que es una vergüenza que nos hayan dejado sin comida de Navidad. Espera a que le ponga las manos encima a Dettmar. Se la haré vomitar. Y no me hará falta usar una cabilla de maniobra de hierro. Lo haré a puñetazos, ya lo verás.

A pesar de su ironía, Boyd Duncan tenía pocas esperanzas. Sabía muy bien lo que era tener una oportunidad entre un millón y estaba seguro de que su mujer y él vivían sus últimas horas, que además, inevitablemente, iban a ser muy duras y trágicas.

El sol del trópico salió en un cielo azul, sin nubes. No había nada que ver. El *Samoset* se encontraba más allá del horizonte. Cuando el sol se elevó más, Duncan rompió en dos el pantalón de su pijama y con cada pedazo hizo un turbante. Empapados en agua de mar, contrarrestaban el calor.

—Cuando pienso en esa comida me enfado de verdad —se quejó al darse cuenta de que la preocupación amenazaba con apoderarse del rostro de su mujer—. Quiero que estés conmigo cuando le ajuste las cuentas a Dettmar. Siempre me he opuesto a que las mujeres presencién escenas violentas, pero esto es distinto. Le daré una buena paliza. —Al cabo de un rato añadió—: Espero no romperme los nudillos.

El mediodía llegó y se fue, mientras ellos seguían flotando en medio del mar. La brisa de los últimos alisios los refrescaba al tiempo que ascendían y bajaban, con monótona regularidad, las olas de un tranquilo mar veraniego. Un albatros los espío y permaneció media hora volando en círculos majestuosos sobre ellos. Luego una raya gigantesca, de seis metros de envergadura, pasó cerca.

Al ponerse el sol, Minnie empezó a desvariar en voz baja, balbuceando como una niña. El rostro de Duncan palideció mientras la miraba y escuchaba, lo que lo llevó a planear la mejor forma de poner fin a las horas de agonía que les esperaban. En ello estaba cuando, al ascender una ola más alta de lo normal, barrió el mar con la mirada y vio algo que lo hizo gritar.

—¡Minnie!

Ella no respondió y él le gritó al oído con toda la fuerza que logró reunir. Minnie abrió los ojos, en los que flotaba una mezcla de consciencia y delirio. Golpeó sus manos y sus muñecas hasta que logró despertarla.

—¡Ahí está, nuestra oportunidad entre un millón! —gritó Duncan—. ¡Es un vapor que viene hacia nosotros! ¡Cielos, es un crucero! ¡Ya sé! Es el *Annapolis*, que regresa de Tutuwanga con un grupo de astrónomos.



EL CÓNSUL DE ESTADOS UNIDOS, señor Lingford, era un caballero anciano y meticulado que, en los dos años que llevaba en Attu-Attu, nunca se había tropezado con un caso tan insólito como el que Boyd Duncan le había presentado. El *Annapolis* lo había desembarcado allí, junto con su mujer, y continuado viaje rumbo a Fiyi con su carga de astrónomos.

—Ha sido un intento de asesinato a sangre fría y deliberado —dijo el cónsul Lingford—. La justicia seguirá su curso. No sé cómo tratar exactamente a ese capitán Dettmar, pero si viene a Attu-Attu, tenga por seguro que nos ocuparemos de él y que... nos ocuparemos de él. Mientras, repasaré las leyes. Pero ahora, ¿no desean quedarse a almorzar su esposa y usted?

Mientras Duncan aceptaba la invitación, Minnie, que miraba por la ventana hacia el puerto, se enderezó de repente y tocó el brazo de su marido. Él siguió su mirada y vio al *Samoset*, con la bandera a media asta, detenerse y echar el ancha a menos de cien metros de distancia.

—Ahí está mi barco —le dijo Duncan al cónsul—. Ya hay una chalupa al costado, ocupada por el capitán Dettmar. Si no me equivoco, vendrá a informarle de nuestra muerte.

La chalupa llegó a la playa de arena blanca y, tras dejar a Lorenzo reajustando el motor, el capitán Dettmar cruzó a paso firme la arena y siguió el sendero del consulado.

—Permita que presente su informe —dijo Duncan—. Nosotros lo escucharemos desde la habitación contigua.

Tras la puerta entornada, él y su mujer oyeron al capitán Dettmar, con voz triste y atribulada, describir la pérdida de quienes le habían dado empleo.

—Trasluché y regresé al punto donde habían caído —concluyó—. No había ni rastro de ellos. Los llamé sin descanso pero no respondieron. Cambié de rumbo una y otra vez durante dos horas, luego me puse al paio hasta el alba y continué buscándolos durante todo el día, con dos hombres en las espigas. Es horrible. Estoy desolado. El señor Duncan era un hombre magnífico y nunca...

Pero no pudo completar la frase porque en ese momento su magnífico jefe salió a grandes zancadas de la otra habitación, dejando a Minnie en el umbral de la puerta. El pálido rostro del capitán Dettmar palideció aún más.

—Hice lo que pude por rescatarlos, señor —empezó a decir el capitán.

Boyd Duncan respondió a puñetazos, dos exactamente, que hicieron blanco en el rostro del capitán a derecha y a izquierda. Dettmar se tambaleó hacia atrás, se recuperó y se lanzó amenazante hacia su jefe, que lo recibió con un fuerte golpe entre los ojos. El capitán se derrumbó llevándose consigo la máquina de escribir.

—¡Esto no es admisible! —farfulló el cónsul Lingford—. Le ruego, le ruego que desista.

—Pagaré los daños que causemos al material de oficina —respondió Duncan mientras seguía descargando puñetazos sobre los ojos y la nariz de Dettmar.

El cónsul Lingford correteaba de un lado al otro como una gallina mojada mientras destrozaban su despacho. En un momento dado agarró a Duncan del brazo, pero este se soltó y lo lanzó a varios metros de distancia. Luego apeló a Minnie.

—Señora Duncan, por favor, ¿sería tan amable de contener a su esposo?

Pero ella, pálida y temblorosa, negó decididamente con la cabeza y se concentró en la refriega.

—Es un ultraje —gritó el cónsul Lingford, mientras esquivaba los cuerpos de ambos hombres—. Es una afrenta al Gobierno, al Gobierno de Estados Unidos. Les advierto que no lo pasaremos por alto. Por favor, señor Duncan, desista. Lo va a matar. Por favor, se lo ruego. Le ruego que...

Pero el ruido de un jarrón lleno de hibiscos al romperse lo dejó sin habla.

Llegó un momento en el que el capitán Dettmar ya no pudo levantarse. Consiguió ponerse a cuatro patas, luchó en vano por alzarse más y se desmoronó. Duncan tocó con el pie aquel despojo que gemía para intentar espabilarlo.

—Está bien —anunció—. Solo lo he tratado como ha tratado él a muchos marineros. Él incluso ha ido más allá.

—¡Cielo santo, señor! —estalló el cónsul Lingford, mirando horrorizado al hombre al que había invitado a almorzar.

Duncan dejó escapar una risilla involuntaria y luego se controló.

—Le pido disculpas, señor Lingford. Le pido disculpas de corazón. Me temo que me he dejado llevar ligeramente por mis sentimientos.

El cónsul Lingford tragó saliva y alzó los brazos, incapaz de hablar.

—¿Ligeramente, señor?, ¿ligeramente? —logró articular por fin.

—Boyd —se oyó la voz suave de Minnie desde el umbral.

Él se giró para mirarla.

—Eres maravilloso —le dijo.

—Yo ya he acabado con él, señor Lingford —anunció Duncan—. Y le entrego a usted y a la justicia lo que queda de este hombre.

—¿Eso? —preguntó el cónsul, horrorizado.

—Eso —respondió Boyd Duncan, mientras miraba apesadumbrado sus maltratados nudillos.

[1910]



En la guerra



I

ERA UN HOMBRE JOVEN, no tendría más de veinticuatro o veinticinco años, y podría haber montado su caballo con la elegancia natural de la juventud de no haberse sentido tan tenso y preocupado. Sus ojos negros se fijaban en todo y detectaban los movimientos de las ramitas más pequeñas y de las grandes sobre las que brincaban los pajaritos, luego miraban a lo lejos, al cambiante paisaje de árboles y matorrales, y siempre volvían a concentrarse en la maleza que crecía a cada lado. Mientras miraba, también escuchaba, aunque montaba rodeado de silencio, excepto por el estruendo de la artillería pesada que llegaba desde el oeste. Llevaba varias horas sonando en sus oídos con toda su monotonía y solo habría llamado su atención en caso de interrumpirse. Porque tenía un asunto del que ocuparse. Llevaba una carabina en el arzón delantero.

Tan tenso estaba que un grupo de codornices, al alzar el vuelo bajo el hocico de su caballo, lo sobresaltó hasta el punto de que, al instante y sin darse cuenta, frenó al animal, cogió la carabina y apuntó. Sonrió tímidamente, se recuperó y siguió adelante. Tan tenso estaba, tan concentrado en lo que debía hacer que el sudor le picaba en los ojos, descendía por su nariz y goteaba sobre la perilla de la silla de montar sin que se molestase en limpiarlo. La cinta de su sombrero de soldado de caballería tenía manchas recientes de sudor. El ruano que montaba también estaba sudoroso. Eran las doce de un día de calor achicharrante. Ni siquiera las aves o las ardillas se atrevían a salir al sol y se refugiaban en escondites umbríos, entre los árboles.

Hombre y caballo iban cubiertos de hojas y polen amarillo porque solo salían a campo abierto cuando no les quedaba más remedio. Se movían entre los árboles y los

matorrales y, antes de cruzar un calvero seco o una extensión ascendente de pastos al descubierto, el hombre siempre se detenía y se asomaba para mirar con atención. Avanzaba hacia el norte, aunque no en línea recta, y parecía sospechar que aquello que buscaba llegaría precisamente desde el norte. No era un cobarde, pero su valor era el de un hombre civilizado normal y deseaba vivir, no morir.

Para ascender una ladera siguió una vereda que discurría entre una maleza tan densa que se vio obligado a desmontar y guiar al caballo. Pero cuando la vereda torció hacia el oeste, la abandonó y continuó hacia el norte siguiendo la cresta cubierta de robles.

La cresta terminaba en un descenso muy empinado, tanto que se vio obligado a bajar en zigzag mientras resbalaba y tropezaba entre las hojas secas y las vides enredadas, sin dejar de vigilar al caballo que lo seguía y que amenazaba con caer sobre él. Sudaba a mares y el polen, acre en la boca y los orificios nasales, incrementaba su sed. Aunque intentaba evitarlo, hacían ruido al descender, por lo que se detenía con frecuencia, jadeando debido al calor seco y prestando atención a cualquier posible sonido de advertencia que pudiese llegar desde abajo.

Al final salió a un llano tan boscoso que no fue capaz de calcular su extensión. Pero la vegetación era diferente y pudo volver a montar. En lugar de los robles retorcidos de la colina, en aquel terreno llano y húmedo se alzaban árboles altos y rectos, de troncos grandes, magníficos. Solo de vez en cuando se tropezaba con algún matorral, siempre fácil de evitar, y encontró varios calveros serpenteantes, casi como jardines, donde el ganado pastaba antes de que la guerra lo hubiese expulsado de allí.

Al internarse en el valle avanzaba con mayor rapidez y al cabo de media hora se detuvo ante una vieja cerca, en el límite de un claro. No le gustaba su amplitud, sin embargo, debía cruzarlo para alcanzar la masa de árboles que seguía la orilla del río. Solo eran cuatrocientos metros a campo abierto, pero le repugnaba pensar en arriesgarse de esa forma. Un rifle —veinte, mil— podría acechar entre la vegetación junto al arroyo.

Dos veces intentó arrancar y las dos se detuvo. Lo espantaba su soledad. El pulso de la guerra que latía hacia el oeste sugería la compañía de miles de soldados; donde él se encontraba solo había silencio y las posibles balas letales de una miríada de emboscadas. Pero su tarea consistía en encontrar lo que temía encontrar. Tenía que seguir adelante, siempre adelante, hasta que en algún momento, en algún lugar, se topase con otro hombre —u otros hombres— del bando enemigo que habría salido a explorar el terreno, igual que él, para informar, igual que él, de que se había producido el contacto.

Cambió de idea, se internó de nuevo en el bosque, empezó a bordear el claro y, al cabo de un rato, se acercó de nuevo a la linde para observar. Esta vez vio una pequeña granja en medio del claro. No había señales de vida. No salía humo de la chimenea ni las aves de corral cacareaban ni se pavoneaban. La puerta de la cocina estaba abierta y miró durante tanto tiempo y con tanta concentración hacia aquella abertura negra que casi se convenció de que la mujer del granjero saldría en cualquier momento.

Se lamió el polen y el polvo de los labios, endureció cuerpo y mente y salió al sol abrasador. Nada se movió. Dejó atrás la casa y se acercó al muro de árboles y arbustos que crecían en la orilla del río. Una idea perseveraba de forma exasperante: lo que experimentarían cuando una bala se adentrara en su cuerpo a toda velocidad. Lo hacía sentirse muy frágil e indefenso, por lo que se agachó más sobre la silla.

Ató al caballo en el límite del bosque y continuó a pie durante cien metros hasta alcanzar el arroyo. Medía unos seis metros de ancho, no se percibía corriente alguna y parecía fresco, muy tentador: tenía mucha sed. Pero aguardó tras la pantalla de follaje, con la mirada fija en la de la otra orilla. Para hacer la espera más soportable se sentó con la carabina sobre las rodillas. Transcurrieron los minutos y su tensión empezó a relajarse poco a poco. Por fin, decidió que no había peligro pero, justo en el momento en que se disponía a apartar los arbustos e inclinarse sobre el agua, llamó su atención un movimiento entre los arbustos de enfrente.

Podría tratarse de un pájaro. Sin embargo, esperó. De nuevo se agitaron los arbustos y entonces, tan de repente que estuvo a punto de gritar, los matorrales se separaron y en el medio apareció un rostro. Era un rostro cubierto por una barba pelirroja de varias semanas. Los ojos eran azules y estaban muy separados y en sus extremos se marcaban esas arrugas que se producen al reír y que se apreciaban perfectamente a pesar de la expresión cansada y preocupada del rostro.

Pudo verlo con exactitud microscópica porque no los separaban más de seis metros. Y lo vio en el breve espacio de tiempo que le bastó para apuntarlo con la carabina. Observó a través de la mirilla y supo que miraba a un hombre que ya estaba muerto. Era imposible fallar desde tan cerca.

Pero no disparó. Despacio, bajó la carabina y se quedó mirando. Se hizo visible una mano que sujetaba una cantimplora y la barba pelirroja se inclinó hacia abajo para llenar el recipiente. Oyó el borboteo del agua. Luego el brazo, la cantimplora y la barba pelirroja desaparecieron tras el muro de arbustos. Aguardó durante mucho tiempo y después, sin saciar su sed, regresó sigilosamente junto al caballo, lo montó, cruzó de nuevo y sin prisas el claro bañado por el sol y se internó en el bosque.

II

UN NUEVO DÍA ABRASADOR, tórrido. Otra granja desierta, grande, con varios edificios anejos y un huerto, todo en medio de otro claro. El joven de los ojos negros y penetrantes salió del bosque montado en su ruano, con la carabina en la perilla de la silla de montar. Respiró aliviado al llegar a la casa. Resultaba evidente que allí habían luchado algún

tiempo atrás. Cargadores y cartuchos vacíos, deslucidos por el verdín, permanecían sobre un terreno que los cascos de los caballos habían levantado cuando aún estaba húmedo. Muy cerca del huerto se veían varias tumbas marcadas y numeradas. Del roble junto a la puerta de la cocina colgaban los cadáveres de dos hombres, con la ropa andrajosa debido a la lluvia y el sol. Los rostros, secos y desfigurados, no parecían humanos. El ruano resopló al pasar bajo ellos y el jinete lo acarició para tranquilizarlo y lo ató lejos de allí.

Al entrar en la casa descubrió que el interior estaba destrozado. Iba pisando cartuchos vacíos al pasar de habitación en habitación para hacer un reconocimiento desde las ventanas. Los hombres habían acampado y dormido en todas partes y, en el suelo de una de las estancias, encontró unas manchas inconfundibles donde habían tumbado a los heridos.

De nuevo en el exterior, condujo al caballo por detrás del establo e invadió el huerto. Una docena de árboles estaban cargados de manzanas maduras. Se llenó los bolsillos, comiendo mientras cogía los frutos. Entonces se le ocurrió una idea y miró al sol para calcular la hora en que debía regresar al campamento. Se quitó la camisa, ató las mangas y la usó como bolsa, que fue llenando de manzanas.

Cuando estaba a punto de montar, su caballo enderezó las orejas de repente. El hombre aguzó también los oídos y oyó el débil ruido de unos cascos de caballo sobre la tierra blanda. Se acercó a la esquina del establo y espío. A solo cien metros de distancia vio una docena de hombres a caballo que se acercaban desde el lado opuesto del claro. Llegaron hasta la casa. Algunos desmontaron mientras otros permanecían en las sillas, lo que indicaba que su estancia iba a ser corta. Al parecer, tenían algo que decidir, porque los oyó hablar nerviosos en la odiada lengua del invasor. Transcurrió el tiempo, pero parecían incapaces de tomar una decisión. Guardó la carabina en su sitio, montó y esperó impaciente, mientras la camisa llena de manzanas se balanceaba colgada de la perilla de la silla de montar.

Oyó unas pisadas que se acercaban y clavó las espuelas en el ruano con tanta fuerza que el animal soltó un gemido de sorpresa al tiempo que salía disparado. En la esquina del establo vio al intruso —un crío de diecinueve o veinte años, por mucho que llevara uniforme— dar un salto hacia atrás para evitar ser arrollado. En ese momento, el ruano giró bruscamente y su jinete entrevió a los hombres que entraban en acción junto a la casa. Algunos saltaban de sus monturas, cogían los rifles e intentaban apuntar. Pasó junto a la puerta de la cocina y los cadáveres que se balanceaban a la sombra, obligando a sus enemigos a correr para rodear la fachada de la casa. Se oyó un disparo, y luego otro, pero él iba muy rápido, inclinado hacia delante, pegado a la silla, agarrando con una mano la camisa de las manzanas y con la otra guiando al caballo.

La barra superior de la cerca medía poco más de un metro, pero él conocía bien a su ruano y la saltó al galope, acompañado de algunos disparos aislados. El bosque se encontraba a ochocientos metros en línea recta y el ruano recorría esa distancia sin

bajar el ritmo. Ahora ya disparaban todos. Tiraban con tanta rapidez que ya no oía los disparos por separado. Una bala atravesó su sombrero, pero no se enteró, aunque sí fue consciente cuando otra hizo blanco en las manzanas que colgaban de la perilla. Se estremeció y se agazapó aún más cuando una tercera bala, muy baja, dio en una piedra entre las patas de su montura y rebotó en el aire, silbando y zumbando como si fuese un insecto de otro mundo.

Los tiros remitieron al irse vaciando los cargadores hasta que ya nadie más disparó. El joven se sintió eufórico. Había salido ileso de tan impresionante tiroteo. Miró hacia atrás. Sí, habían vaciado los cargadores. Vio que varios recargaban. Otros corrían hacia la parte trasera de la casa, en busca de sus caballos. Mientras miraba, dos que ya habían montado, doblaron la esquina al galope y quedaron a la vista. En ese mismo instante vio al hombre de la inconfundible barba pelirroja echar la rodilla al suelo, nivelar el arma y apuntar con frialdad para disparar a distancia.

El joven clavó las espuelas, se agazapó tanto como pudo y zigzagueó bruscamente mientras huía para evitar que el otro apuntase. Pero no disparaba. A cada zancada del caballo, el bosque quedaba más cerca. Solo faltaban doscientos metros y el tiro se retrasaba.

Entonces lo oyó. Fue lo último que oyó porque murió antes de tocar el suelo tras caer de la silla. Los que miraban desde la casa lo vieron caer, vieron rebotar su cuerpo al golpear la tierra y vieron una explosión de manzanas rojas derramarse a su alrededor. Se rieron de la inesperada erupción de manzanas y aplaudieron el disparo, a tanta distancia, del hombre de la barba pelirroja.

[1910]



Bajo los toldos de cubierta



—¿PUEDE UN HOMBRE, y me refiero a un caballero, llamar cerda a una mujer?

El hombrecillo lanzó ese reto a todo el grupo, luego se reclinó en su tumbona y dio un sorbo a su limonada con un gesto que combinaba certeza y atenta beligerancia. Nadie respondió. Estaban acostumbrados al hombrecillo y a sus repentinas pasiones y enaltecimientos.

—Repito, yo estaba allí cuando dijo que cierta dama, a quien ninguno de los presentes conoce, era una cerda. No la llamó canalla o sinvergüenza. Crudamente dijo que era una cerda. Yo sostengo que ningún hombre que lo sea de verdad puede hacer semejante comentario acerca de una mujer.

El doctor Dawson, imperturbable, dio una calada a su pipa. Matthews, con los brazos rodeando las rodillas dobladas, observaba concentrado el vuelo de un albatros. Sweet, que había terminado su whisky con soda, buscaba con la mirada a algún camarero de cubierta.

—Se lo pregunto a usted, señor Treloar, ¿puede un hombre llamar cerda a una mujer?

Treloar, sentado junto a él, se sobresaltó ante lo repentino del ataque y se preguntó qué motivos podría haber dado él para que el hombrecillo lo creyese capaz de llamarle cerda a una mujer.

—Yo diría —comenzó a responder, indeciso—, que... ah... depende de... ah... de la mujer.

El hombrecillo se quedó horrorizado.

—¿Quiere decir...? —balbuceó.

—Que he visto mujeres tan malas como los cerdos... y peores.

Se produjo un silencio prolongado, incómodo. El hombrecillo parecía fulminado por la cruel brutalidad de la respuesta. A su rostro asomaron un dolor y una pena indescribibles.

—Usted ha hablado de un hombre que hizo un comentario nada agradable y lo ha clasificado —dijo Treloar en tono frío y mesurado—. Ahora le hablaré yo de una mujer, mejor dicho, de una dama, y cuando termine le pediré que la clasifique. La llamaré señorita Caruthers, principalmente porque no se llama así. Todo ocurrió a bordo de un barco de la P & O, hace siete años.

»La señorita Caruthers era encantadora. No, esa no es la palabra. Era extraordinaria. Era una joven dama, hija de un alto funcionario cuyo nombre, si lo mencionara, reconocerían todos ustedes de inmediato. En ese momento viajaba en compañía de su madre y dos doncellas para reunirse con el anciano caballero en un lugar de Oriente, el que ustedes prefieran.

»Era, y perdonen que me repita, extraordinaria. Esa es la palabra adecuada. Incluso los adjetivos de menor grado aplicados a ella se convierten en auténticos superlativos. No había nada que no hiciera mejor que cualquier mujer y que la mayoría de los hombres. Cantar, tocar... ¡bah!... Como algún retórico dijo una vez sobre Napoleón, la competencia huía de ella. ¡Nadar! Podría haber ganado una fortuna y hacerse famosa si se hubiese dedicado profesionalmente a la natación. Era una de esas pocas mujeres que pueden despojarse de todos los adornos del vestido y, con un simple traje de baño, resultar más hermosa aún. ¡Vistiendo era una artista!

»Pero cómo nadaba. Físicamente era la mujer perfecta. Ya me entienden, no tenía el cuerpo tosco y musculado de los atletas, sino una textura y una silueta de líneas delicadas, frágiles, con las que se combinaba la fuerza. Eso era lo más asombroso. Ustedes ya saben lo maravilloso que puede ser un brazo femenino, un antebrazo. La dulzura con la que se debilita desde el bíceps redondeado y esa insinuación de músculo al descender hacia el pequeño codo, esa turgencia suave y firme hasta la muñeca, tan pequeña, increíblemente pequeña, redonda y fuerte. Así era su brazo. Sin embargo, verla nadar con esas brazadas precisas y rápidas del crol, y además llegar muy lejos, era algo... bueno, comprendo lo que es la anatomía, el atletismo y todo eso, pero para mí sigue siendo un misterio cómo podía lograrlo.

»Era capaz de permanecer dos minutos bajo el agua. Yo mismo la cronometré. Ningún hombre de los que íbamos a bordo, excepto Dennitson, podía recoger tantas monedas como ella en una sola zambullida. En la cubierta principal de proa había un gran tanque de lona encerada con casi dos metros de agua de mar al que solíamos arrojar monedas pequeñas. La he visto lanzarse a esos dos metros de agua desde la cubierta de puente, hazaña nada despreciable por sí sola, y recoger no menos de cuarenta y siete monedas, dispersas a la buena de Dios sobre el fondo del tanque. Dennitson, un discreto joven inglés, nunca logró superarla, aunque se esforzó por igualarla.

»Destacaba en el agua, cierto, pero también en tierra. Dominaba el arte de cabalgar y... era universal. Al verla, toda dulzura y suavidad, rodeada de media docena de hombres entusiastas, lánguidamente indiferente a todos o desplegando ante ellos su ingenio e inteligencia, cualquiera pensaría que no valía para nada más en el mundo. En esos momentos me veía obligado a recordar las cuarenta y siete monedas que había recogido en el tanque. Pero es que así era ella: una eterna maravilla, una mujer que todo lo hacía bien.

»Fascinaba a cualquier humano con pantalones que la rodeara. A mí me tenía, y no me importa confesarlo, tan entregado como al resto. Tanto los cachorrillos como los sabuesos más experimentados correteaban alrededor de sus faldas, aullando y acudiendo serviles cada vez que ella silbaba. Todos eran culpables, desde el joven Ardmore, un querubín de mejillas sonrosadas y diecinueve años que iba a ocupar un puesto de oficinista en un consulado, hasta el anciano capitán Bentley, de cabello cano, curtido en el mar y tan sensible como un ídolo chino. Incluso un tipo de mediana edad, creo que se llamaba Perkins, olvidó que su mujer se encontraba a bordo hasta que la señorita Caruthers le llamó la atención y lo puso en su sitio.

»Los hombres eran como cera en sus manos. Los derretía y los moldeaba con suavidad o los incineraba a placer. Ni siquiera había un solo camarero que, a pesar de la diferencia de clases y la imposibilidad de acceder a ella, hubiese dudado en echarle un plato de sopa por encima al mismo capitán del barco si ella lo hubiese pedido. Todos han visto alguna vez a una mujer así, una mujer convertida en el mayor deseo de cualquier hombre. Como conquistadora no tenía rival. Era un latigazo, un aguijón y una llamarada, una chispa eléctrica. Créanme, a veces, de su belleza y capacidad de seducción surgían fogonazos de voluntad que golpeaban a su víctima y la convertían en un ser vacío y tembloroso, dominado por el miedo y la idiotez.

»No quiero dejar de comentar, en vista de lo que voy a contarles, que era una mujer orgullosa. Orgullosa de su raza, orgullosa de su casta, orgullosa de su sexo, orgullosa de su poder. Su orgullo era algo extraño, obstinado y terrible.

»Dirigía el barco, dirigía la travesía, lo dirigía todo y también dirigía a Dennitson. Incluso los menos sensatos reconocíamos que él había dejado atrás al resto de la jauría. Nadie dudaba de que a ella le gustaba y de que ese sentimiento no dejaba de crecer. Estoy seguro de que lo miraba mejor de lo que nunca había mirado a otro hombre. Nosotros continuábamos rindiéndole culto y siempre la rondábamos a la espera de que nos silbase, aunque sabíamos que Dennitson nos llevaba muchas vueltas de ventaja. Jamás sabremos lo que podría haber pasado, porque llegamos a Colombo y allí ocurrió otra cosa.

»Ya conocen Colombo y saben que los niños nativos se tiran de cabeza para recoger monedas en la bahía infestada de tiburones. Por supuesto, solo se arriesgan entre tiburones que no son peligrosos. Resulta inexplicable cómo los conocen y sienten la presencia de un verdadero asesino, por ejemplo, un tiburón tigre o un tiburón toro que se hayan des-

viado de su ruta desde aguas australianas. Si aparece uno de esos, antes incluso de que los pasajeros se percaten, los críos salen del agua en desbandada para ponerse a salvo.

»Habíamos almorzado y la señorita Caruthers recibía sus atenciones bajo los toldos de la cubierta. Acababa de silbarle al anciano capitán Bentley, quien le había concedido algo que nunca antes había concedido y que nunca ha vuelto a conceder: permiso para que los niños subiesen a la cubierta de paseo. Verán, la señorita Caruthers, como buena nadadora, estaba muy interesada en ellos. Nos pidió todo el cambio que llevásemos y reunió una buena colección de monedas de poco valor que ella misma se ocupó de lanzar, de una en una o a puñados, además de organizar las condiciones de la competición, reprender a los que fallaban y conceder premios extra a los más listos. En resúmenes cuentas, era ella quien dirigía el espectáculo.

»En especial, la entusiasmaba su forma de saltar. Ya saben que al saltar de pie desde cierta altura resulta muy difícil mantener el cuerpo en perpendicular mientras se está en el aire. El cuerpo masculino tiene el centro de gravedad alto y tiende a volcar. Pero aquellos críos empleaban un método que ella, según dijo, desconocía y quería aprender. Saltando desde los pescantes de la cubierta de botes, caían con los rostros y los hombros inclinados hacia delante y, en el último momento, se enderezaban y entraban en el agua perfectamente erguidos.

»Daba gusto verlos. No lo hacían tan bien cuando se tiraban de cabeza, aunque había uno que dominaba la técnica, como dominaba cualquier otra acrobacia. Seguramente se la habría enseñado algún blanco, porque realizaba un salto del ángel perfecto, de los más bonitos que he visto. Ya saben que al tirarse de cabeza desde gran altura el problema reside en penetrar el agua en un ángulo perfecto. Fallar el ángulo implica, como mínimo, una lesión de espalda que puede ser de por vida. También ha supuesto la muerte de algún que otro inepto. Pero aquel chico sabía hacerlo. Saltó veinte metros desde las jarcias con los brazos en la posición perfecta, la cabeza echada hacia atrás, casi volando como un pájaro, ascendiendo y avanzando para luego empezar a caer, con el cuerpo tan horizontal que, si golpease la superficie del agua en esa posición, se partiría en dos al instante. Pero justo antes de sumergirse, dejó caer la cabeza hacia delante, extendió los brazos, ligeramente arqueados, por delante de la cabeza, curvó el cuerpo con elegancia hacia abajo y entró en el agua tal y como debía hacerlo.

»Repitió la hazaña una y otra vez para deleite de todos, en especial de la señorita Caruthers. No podía tener más de trece años y, sin embargo, era el más listo de todo el grupo. Era el preferido de los suyos, su líder. Aunque había varios chicos mayores que él, reconocían su liderazgo. Era guapo, como un dios de bronce pero ágil y con vida, de ojos separados entre sí, inteligentes y audaces; una burbuja, una mota, un destello, una chispa de vida. Todos ustedes habrán visto criaturas espléndidas, magníficas; animales o lo que sea... un leopardo, un caballo... inquieto, ansioso, demasiado vivo para quedarse quieto, de músculos aterciopelados, el más mínimo movimiento una bendición,

pura elegancia; salvaje en cada uno de sus actos, sin límite; y siempre derramando esa intensa vitalidad, ese brillo, ese lustre de la vida. Así era ese chico. La vida salía de él a raudales, tanto que casi resplandecía. Brillaba en su piel. Ardía en sus ojos. Juro que casi se la oía crepitar. Al mirarlo, me parecía oler una ráfaga de aire fresco. Tan fuerte y joven era, tan lleno de salud, tan salvaje.

»Así era ese niño. Fue él quien dio la alarma en plena competición. Los chavales se lanzaron hacia la pasarela, nadando tan rápido como podían, desordenadamente, luchando, chapoteando, con el miedo en los rostros, trepando y saltando en tropel, buscando cualquier forma de salir del agua, ayudándose los unos a los otros a ponerse a salvo, hasta que todos formaron una fila sobre la pasarela, mirando hacia abajo, hacia el agua.

»—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Caruthers.

»—Creo que hay un tiburón —contestó el capitán Bentley—. Han tenido suerte de que no atrapara a ninguno.

»—¿Temen a los tiburones? —preguntó ella.

»—¿Usted no? —fue la respuesta.

»La joven se estremeció, miró por encima de la borda hacia el agua e hizo un mohín.

»—Por nada del mundo me zambulliría donde pueda haber tiburones —dijo y volvió a estremecerse—. ¡Son espantosos! ¡Terroríficos!

»Los chicos subieron a la cubierta de paseo, se apelonaron cerca de la barandilla y rindieron culto a la señorita Caruthers, que les había arrojado semejante fortuna en propinas. Terminado el espectáculo, el capitán Bentley les pidió que se marcharan. Pero ella lo detuvo.

»—Un momento, por favor, capitán. Yo había entendido que los nativos no temen a los tiburones.

»Le hizo una seña al chico del salto del ángel para que se acercase más a ella y luego le indicó que se zambullera de nuevo. Él negó con la cabeza y, junto con todo el grupo que se arremolinaba a su espalda, se rio como si fuese una broma.

»—Tiburón —explicó el chaval, señalando al agua.

»—No —dijo ella—. No hay tiburón.

»Pero él asintió muy seguro y los otros críos repitieron el gesto con la misma convicción.

»—No, no, no —gritó ella. Después, se dirigió a nosotros—. ¿Quién me presta media corona y un soberano?

»De inmediato, la media docena de hombres presentes le ofrecimos las monedas y ella aceptó las del joven Ardmore.

»Alzó la media corona para que los niños la vieran, pero ninguno se acercó más a la barandilla para preparar el salto. Se quedaron donde estaban, sonriendo tímidamente. Ofreció la moneda uno a uno y todos, al llegar su turno, frotaban un pie contra la pantorrilla de la otra pierna, negaban con la cabeza y sonreían. Entonces ella lanzó la media

corona por la borda. Con pesar y deseo en los rostros, los niños la vieron cruzar el aire, pero nadie se movió con intención de seguirla.

»—No haga lo mismo con el soberano —le dijo Dennitson en voz baja.

»Ella no hizo caso y sostuvo la moneda de oro ante los ojos del chico del salto del ángel.

»—No lo haga —dijo el capitán Bentley—. Con un tiburón acechando, yo no tiraría por la borda ni a un gato enfermo.

»Pero ella se rio, decidida a salirse con la suya, y continuó deslumbrando al chaval.

»—No lo tienta —insistió Dennitson—. Para él es una fortuna y podría acabar por zambullirse.

»— ¿No lo haría usted también —estalló ella— si yo la arrojase? —Esto último lo dijo en un tono más suave.

»Dennitson negó con la cabeza.

»—Su precio es más elevado —comentó ella—. ¿Por cuántos soberanos se zambulliría?

»—No se han acuñado suficientes para que yo me lance al agua —fue la respuesta.

»Ella se lo pensó un momento, olvidada del crío en medio de su torneo con Dennitson.

»—¿Lo haría por mí? —preguntó con dulzura.

»—Para salvarle la vida, sí. Pero solo por eso.

»Ella volvió a centrarse en el crío. De nuevo sostuvo la moneda ante sus ojos, deslumbrándolo con su inmenso valor. Luego amagó con lanzarla al agua y, de forma involuntaria, el chico hizo un ligero movimiento hacia la barandilla, pero los gritos de reproche de sus compañeros lo contuvieron. En sus voces también se adivinaba el enfado.

»—Ya sé que solo está bromeando —dijo Dennitson—. Siga haciéndolo tanto como guste pero, por el amor de Dios, no lance la moneda.

»Si fue debido a su extraña obstinación o porque dudaba de poder convencer al crío, no lo sé. Resultó inesperado para todos. Al abandonar la sombra de los toldos, el oro de la moneda brilló bajo el sol abrasador y cayó hacia el mar describiendo un arco resplandeciente. Antes de que nadie pudiese detenerlo, el niño había saltado la barandilla y se curvaba magníficamente hacia abajo, tras la moneda. Ambos estaban en el aire a la vez. Fue una imagen preciosa. El soberano hendió con fuerza la superficie del agua y, en el mismo lugar, prácticamente al mismo tiempo y casi sin salpicar, se zambulló el chico.

»Los niños de ojos asustados exclamaron a coro. Todos estábamos junto a la barandilla. No me digan que un tiburón necesita ponerse boca arriba para morder. Este no lo hizo. En aquella agua tan clara y desde la altura a la que nos encontrábamos lo vimos todo. El tiburón era un bicho enorme y con un solo mordisco partió al niño en dos.

»Alguien, entre nosotros, murmuró algo, aunque no sé quién fue. Pude haber sido yo. Luego se hizo el silencio. La señorita Caruthers fue la primera en hablar. Estaba lívida.

»—Yo... nunca imaginé... —dijo y soltó una risa breve, histérica.

»Todo su orgullo se esforzaba en ayudarla a recuperar el control. Se volvió, sin fuerzas, hacia Dennitson, y luego hacia cada uno de nosotros. A sus ojos asomaba una angustia insoportable y sus labios temblaban. Fuimos unos bestias. Sí, ahora lo sé; ahora que ha pasado el tiempo. Pero no hicimos nada.

»—Señor Dennitson —dijo—. Tom, ¿podría acompañarme abajo?

»Él no desvió la mirada, la más lúgubre que he visto en mi vida; ni siquiera pestañeó. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. El capitán Bentley hizo un ruido desagradable con la garganta y escupió por la borda. Eso fue todo. Eso y el silencio.

»Ella se dio la vuelta y echó a andar con firmeza por la cubierta. A seis metros de distancia se tambaleó y apoyó una mano en la pared para no caerse. Así continuó avanzando, apoyándose en las cabinas y caminando muy despacio.

Treolar guardó silencio. Giró la cabeza y dedicó una mirada fría e inquisitiva al hombrecillo.

—Bueno —dijo al fin—, clasifíquela.

El hombrecillo tragó saliva.

—No tengo nada que decir —contestó—. No tengo absolutamente nada que decir.

[1910]



Matar a un hombre



UNQUE SOLO ESTABAN encendidas las tenues lamparillas de noche, ella se movía con seguridad entre las grandes estancias y los anchos pasillos, buscando en vano el libro de poesía a medio leer que había perdido y del que acababa de acordarse. Al encender la luz del salón, apareció ataviada con un salto de cama con mucho vuelo, de tejido vaporoso y color rosa pálido. Aún llevaba anillos en los dedos y no se había cepillado su espesa cabellera rubia para deshacer el peinado. Era delicada y elegantemente hermosa, de rostro ovalado y fino, labios rojos, un leve rubor en las mejillas y ojos azules parecidos a los de un camaleón, capaces de mirar fijamente y muy abiertos con la inocencia de la niñez para luego endurecerse, tornarse grises y brillar con frialdad o encenderse con la fuerza que dan la obstinación y el control.

Apagó las luces y salió al pasillo hacia la sala que solía usar por las mañanas. Se detuvo a escuchar en la entrada. Le había parecido percibir a lo lejos no un ruido sino una sensación de movimiento. Podría jurar que no había oído nada, sin embargo, había algo distinto. Algo había perturbado la quietud nocturna. Se preguntó qué sirviente pudiera andar merodeando por allí. No el mayordomo, famoso por retirarse temprano, excepto en las ocasiones especiales. Tampoco podía tratarse de su doncella porque le había dado permiso para salir esa noche.

Avanzó hacia el comedor y se encontró la puerta cerrada. No sabía decir por qué la abrió y entró, excepto porque el factor perturbador, fuera lo que fuese, se encontraba allí. La habitación estaba a oscuras, tanteó en busca del interruptor y lo pulsó. En el momento en que la luz iluminó la estancia, ella retrocedió y dejó escapar un grito. Fue un simple «¡Oh!», sin alzar mucho la voz.

Observándola, cerca del interruptor y pegado a la pared había un hombre. En la mano, apuntándola, un revólver. A pesar del susto, se fijó en que el arma era negra y de cañón largo. Supo que se trataba de un Colt. El hombre era de mediana estatura, iba mal vestido, tenía los ojos castaños y la piel curtida por el sol. Parecía sereno. El revólver no temblaba y apuntaba a su estómago, no con el brazo estirado, sino desde la cadera, en la que descansaba el antebrazo.

—Oh —dijo ella—, disculpe. Me ha asustado. ¿Qué desea?

—Me parece que quiero salir —respondió él, con media sonrisa en los labios—. Creo que me he perdido en este sitio tan grande y, si es tan amable de decirme dónde está la puerta, no le daré problemas y me largaré.

—Pero ¿qué hace aquí? —quiso saber ella, en la voz esa firmeza de quien está acostumbrado a dar órdenes.

—Robar, señorita, nada más. Me colé para ver qué podía apañar. Creí que no estaba en casa, porque la vi irse en un coche con el viejo. Supongo que será su padre y usted es la señorita Setliffe.

La señora Setliffe se dio cuenta de su error, agradeció el inocente cumplido y decidió no desengañarlo.

—¿Cómo sabe que soy la señorita Setliffe? —preguntó.

—Esta es la casa del viejo Setliffe, ¿o no?

Ella asintió.

—No sabía que tuviese una hija, pero supongo que es usted. Y ahora, si no es mucha molestia, le agradecería que me dijese cómo salir.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es un ladrón, un maleante.

—Si fuese un buen ejemplo del oficio, me quedaría con los anillos que lleva en los dedos, en lugar de ser amable —respondió él—. Vine a sacarle algo al viejo Setliffe, no a robar a las mujeres. Si se aparta, creo que encontraré la salida sin ayuda.

La señora Setliffe era una mujer perspicaz y le pareció que tenía poco que temer de aquel hombre. Estaba segura de que no era el típico criminal. Su acento le indicó que no era un hombre de ciudad y le transmitió la amplitud y amabilidad de los espacios grandes y rurales.

—¿Y si grito? —preguntó, curiosa—. ¿Y si grito pidiendo ayuda? ¿Podría dispararme? ¿A una mujer?

Vio el desconcierto brillar fugazmente en sus ojos castaños. Respondió despacio y con aire pensativo, como si tuviese que resolver un problema complicado.

—Entonces supongo que tendría que estrangularla un poco y hacerle daño.

—¿A una mujer?

—Qué remedio —contestó él y apretó los labios con fuerza—. No es más que una mujer, pero verá, señorita, no puedo ir a la cárcel. No, señorita, se lo aseguro. Tengo un amigo que me espera en el oeste. Está metido en un lío y tengo que ayudarle. —El gesto

de la boca mostró una determinación aún mayor—. Supongo que podría tapparle la boca sin hacerle demasiado daño.

A los ojos de la mujer asomó una mirada inocente, incrédula.

—Es la primera vez que veo a un ladrón —le aseguró ella—. Y no sabe lo mucho que me interesa.

—No soy un ladrón, señorita. No soy un ladrón de verdad —añadió enseguida al ver el gesto incrédulo de ella—. Lo parece porque estoy aquí, en su casa. Pero es la primera vez que lo intento. Necesitaba el dinero... Es urgente. Además, lo veo como cobrar lo que se me debe.

—No lo entiendo —dijo ella y sonrió de forma alentadora—. Ha venido a robar y robar es coger algo que no le pertenece.

—Sí y no, en este caso concreto. Bueno, será mejor que me marche.

Se dirigió hacia la puerta del comedor, pero ella se interpuso, convertida en un obstáculo muy hermoso. Él extendió la mano izquierda como si fuese a agarrarla, aunque dudó. Sin duda le impresionaba su femineidad.

—¿Lo ve? —exclamó ella, triunfal—. Sabía que no se atrevería.

El hombre estaba avergonzado.

—Nunca he maltratado a una mujer —explicó—, y no me resulta fácil. Pero lo haré si grita.

—¿Por qué no se queda a charlar unos minutos? —lo instó ella—. Me interesa tanto. Me gustaría que me explicase por qué robar es cobrar lo que se le debe.

Él la miró con admiración.

—Siempre pensé que las mujeres tenían miedo de los ladrones —confesó—. Pero usted no.

Ella soltó una risa alegre.

—Hay ladrones y ladrones. Usted no me da miedo porque estoy segura de que no será capaz de hacerle daño a una mujer. Venga, charlemos un rato. Nadie nos molestará. Estoy sola. Mi... mi padre ha tomado el tren nocturno a Nueva York. Los criados están durmiendo. Me gustaría ofrecerle algo de comer: las mujeres siempre preparan algo de cenar a los ladrones a los que sorprenden, al menos en los relatos de las revistas. Pero yo no sé dónde encontrar comida. Tal vez le apetezca algo de beber.

Él dudó y no contestó, pero ella percibió una admiración cada vez mayor en su mirada.

—¿No tendrá miedo? —continuó ella—. No lo envenenaré, se lo prometo. Beberé con usted para que vea que no hay problema.

—Es usted una caja de sorpresas —afirmó él y, por primera vez, bajó el arma y la dejó colgar junto a su costado—. Que nadie vuelva a decirme que las mujeres de ciudad tienen miedo de todo. Usted es delicada y pequeña, pero tiene valor. Y además es confiada. No hay muchas mujeres, ni hombres, que tratarían a un hombre armado como me trata usted.

Ella sonrió, encantada con el cumplido, y luego dijo, muy seria:

—Eso es porque me gusta su aspecto. Parece demasiado decente para ser un ladrón.

No debería comportarse así. Si tiene problemas, debería trabajar. Vamos, deje ese desagradable revólver y charlemos un rato. Lo que tiene que hacer es trabajar.

—En esta ciudad, no —comentó él con amargura—. He perdido varios centímetros de altura intentando encontrar trabajo. Los he desgastado de tanto andar. En serio, antes de empezar a buscar trabajo era más alto.

La risa divertida con la que ella recibió su broma, sin duda lo complació. Ella se dio cuenta enseguida y aprovechó la ventaja. Se alejó de la puerta y se dirigió al aparador.

—Vamos, cuéntemelo todo mientras le preparo una copa. ¿Qué prefiere? ¿Whisky?

—Sí, señora —respondió él, al tiempo que la seguía, aunque aún llevaba el enorme revólver al costado y miraba desconfiado hacia la puerta abierta, sin vigilancia.

En el aparador, la mujer llenó un vaso y luego dijo, con indecisión:

—Prometí beber con usted, pero no me gusta el whisky. Prefiero... prefiero el jerez.

Alzó la botella de jerez en busca de su consentimiento.

—Claro —respondió él—. El whisky es cosa de hombres. No me gusta ver a las mujeres bebiendo whisky. El vino es más apropiado.

Ella alzó su copa y en sus ojos había simpatía y comprensión.

—Brindo por encontrarle un buen puesto de...

Pero se interrumpió al ver la expresión de sorpresa y asco en el rostro de él, que apartó el vaso, casi sin tocar, de los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, preocupada—. ¿No le gusta? ¿Me he equivocado?

—Es un whisky muy raro. Sabe como si lo hubieran quemado y ahumado.

—¡Oh! ¡Qué tonta soy! Le he dado whisky escocés y usted estará acostumbrado al de centeno. Permita que se lo cambie.

Se mostró solícita, casi maternal, mientras cogía otro vaso y buscaba la botella adecuada.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, señora. En este no hay humo. Es de lo mejor. Hace una semana que no tomo una copa. Baja bien, es suave, no tiene química.

—¿Es bebedor?

En parte fue una pregunta, pero su tono también era desafiante.

—No, señora. No demasiado. Alguna vez he perdido el control y me he pasado de la raya, pero muy pocas veces. Aunque hay momentos en los que un buen vaso ayuda a superar una situación complicada y este es uno de esos momentos. Gracias por su amabilidad, señora, pero tengo que irme.

Sin embargo, la señora Setliffe no quería quedarse sin su ladrón. Era demasiado equilibrada para dejarse llevar por la aventura, pero su situación actual resultaba tan emocionante que se sentía encantada. Además, sabía que no corría peligro. El hombre, a pesar de la firmeza de su mandíbula y la mirada fija de sus ojos castaños, era fácil de manejar. Y en el fondo de su cabeza se imaginaba una audiencia de amigos llenos de admiración hacia ella. ¡Qué pena no contar con un público así!

—No me ha explicado por qué, en su caso, robar equivale a cobrar lo que se le debe —le dijo—. Vamos, siéntese y cuéntemelo. Nos sentaremos aquí, a la mesa.

Manióbró para ocupar su silla de siempre, en la cabecera, y a él lo situó perpendicularmente a ella. Se fijó en que no había abandonado su actitud vigilante y sus ojos recorrían la estancia, observándolo todo, aunque luego volvían a mirarla con admiración, pero nunca durante mucho tiempo. También se dio cuenta de que, mientras ella hablaba, él se concentraba en escuchar otros posibles sonidos, además de su voz. Tampoco había renunciado al revólver, que estaba sobre la mesa, en la esquina, entre los dos, con la culata junto a la mano derecha de él.

Sin embargo, el hombre se encontraba en un hábitat nuevo y desconocido para él. Ese hombre del oeste, que dominaba la vida en los bosques y las cosas sencillas, que mantenía ojos y oídos alerta, tenso y desconfiado, no sabía que bajo la mesa, junto al pie de la mujer, había un pulsador que hacía sonar un timbre eléctrico. Nunca había oído hablar de semejante aparato, ni soñaba siquiera con su existencia, así que de nada servían su precaución y su vigilancia.

—Las cosas están así, señorita —empezó a decir en respuesta a la insistencia de ella—. El viejo Setliffe me fastidió el negocio hace tiempo. Fue injusto pero se salió con la suya. Cualquier negocio acaba siendo legal si lo respaldan unos cuantos cientos de millones. No me quejo y no quiero criticar a su padre. Él no me conoce de nada y creo que no sabe que me ha fastidiado. Es demasiado importante para fijarse en un gusano como yo, piensa en cifras millonarias y actúa en consecuencia. Es un gran empresario. Tiene toda clase de expertos pensando, planificando y trabajando para él. Algunos, según cuentan, ganan más que el presidente de Estados Unidos. Solo soy uno de los muchos miles a los que su padre ha fastidiado, nada más.

»Verá, señora, yo tenía un pequeño agujero en la tierra que explotaba con la técnica de la minería hidráulica. Cuando la gente de Setliffe vino a sacarle dinero a Idaho, reorganizó el monopolio de la fundición, cambió por completo la situación y llevó a cabo el gran proyecto hidráulico de Twin Pines, yo me vi en un aprieto. No me pude ni quejar. Me borrarón del mapa en un segundo. Por eso esta noche, arruinado y sabiendo que mi amigo necesita mi ayuda urgente, me colé aquí para sacarle algo a su padre. Lo necesitaba y me pareció que se me debía.

—Aunque todo lo que dice sea cierto —respondió ella—, entrar en una casa para robar sigue siendo entrar en una casa para robar. No podría defenderse de esa forma ante un tribunal.

—Ya lo sé —dijo el hombre, dócilmente—. Lo que es justo no siempre es legal. Por eso estoy tan incómodo, aquí sentado y hablando con usted. No porque no disfrute de su compañía, que sí, pero no puedo permitirme acabar detenido. Sé lo que me harían en esta ciudad. La semana pasada, a un joven le cayeron cincuenta años por atracar a un hombre en la calle y sacarle dos dólares con ochenta y cinco centavos. Lo leí en el periódico. Cuando las cosas se ponen feas y no hay trabajo, la gente se desespera. Los que

tienen cosas que pueden robarse también se desesperan y se ceban con los demás. Si me detienen, supongo que no me caerían menos de diez años. Por eso quiero irme.

—No. Espere —dijo ella mientras alzaba una mano para detenerlo y al mismo tiempo levantaba el pie del timbre, que había estado presionando intermitentemente—. Aún no me ha dicho cómo se llama.

Él dudó.

—Llámeme Dave.

—De acuerdo, Dave... —Se detuvo y se rio, confusa—. Tengo que hacer algo por usted. Es joven y solo ha dado un primer paso por el mal camino. Aunque empiece por intentar cobrar lo que cree que se le debe, terminará robando lo que sabe perfectamente que no le corresponde. Y ya sabe lo que le ocurrirá. En vez de eso, debemos encontrar una ocupación honrada para usted.

—Necesito el dinero y lo necesito ya —respondió él con tenacidad—. No para mí, sino para el amigo del que le hablé. Está en un buen lío y si no lo ayudo ya, no servirá de nada más adelante.

—Puedo conseguirle un empleo —insistió ella—. Y... sí, ¡ya sé! Le prestaré el dinero que quiere enviarle a su amigo. Me lo devolverá de su sueldo.

—Me bastará con trescientos dólares —dijo él, muy despacio—. Con trescientos saldrá adelante. Me dejaré la piel trabajando durante un año a cambio de eso, comida y alojamiento y unos pocos centavos para tabaco.

—¡Ah, fuma usted! No me había fijado.

Su mano pasó por encima del revólver hacia la de él, al señalar las yemas amarillas y deladoras de sus dedos. Al mismo tiempo, calculó lo cerca que tanto su mano como la de él se encontraban del arma. Ansiaba agarrarla con un movimiento rápido. Estaba segura de poder hacerlo, aunque no del todo. Por eso se contuvo y retiró la mano.

—¿Quiere fumar? —lo invitó.

—Me muero de ganas.

—Pues hágalo. No me molesta. Incluso me gusta, si son cigarrillos, claro.

El hombre metió la mano izquierda en uno de sus bolsillos, sacó un único papel de fumar y lo pasó a la mano derecha, próxima al revólver. Volvió a meter la mano en el bolsillo y vació sobre el papel una pizca de tabaco. Luego, con ambas manos sobre el revólver, se concentró en liar el cigarrillo.

—Por la forma en que ronda siempre esa arma tan desagradable, parece que me tiene miedo —lo desafió la mujer.

—Yo no lo llamaría miedo, señora. Más bien timidez, dadas las circunstancias.

—Pero yo no le tengo miedo a usted.

—No tiene nada que perder.

—La vida —respondió ella.

—Eso es verdad —reconoció él enseguida—. Y aún así no me tiene miedo. A lo mejor me preocupo demasiado.

—Yo no le haría daño alguno. —Mientras hablaba, su zapatilla tanteó en busca del timbre y lo pisó. Al mismo tiempo, le dedicó la más sincera de las miradas—. Usted sabe juzgar a los hombres. Estoy segura. Y a las mujeres. Solo intento apartarlo de la delincuencia y buscarle un trabajo honrado.

Él se mostró arrepentido de inmediato.

—Le pido disculpas, señora —dijo—. Supongo que verme tan nervioso no le resulta agradable.

Mientras lo decía, apartó la mano derecha de la mesa y, tras encender el pitillo, la dejó caer al costado.

—Gracias por su confianza —murmuró ella en voz baja, obligándose a no mirar el arma para calcular la distancia a la que se encontraba y apretando con fuerza el timbre, sin descanso.

—En cuanto a los trescientos dólares —empezó a decir el hombre—, puedo enviar un giro al oeste esta misma noche. Y trabajaré un año entero por esa cantidad, la comida y el alojamiento.

—Ganará más que eso. Puedo prometerle un mínimo de setenta y cinco dólares al mes. ¿Sabe de caballos?

Al hombre se le iluminó el rostro y le brillaron los ojos.

—Entonces trabajaré para mí, o más bien para mi padre, aunque soy yo quien se ocupa de contratar al servicio. Necesito un segundo cochero...

—¿Tendré que llevar uniforme? —la interrumpió él, en la voz y en los labios el desdén de un hombre nacido libre en el oeste.

Ella sonrió, tolerante.

—Es evidente que eso no puede ser. Déjeme pensar. Sí, ¿sabe domar potros?

Él asintió.

—Tenemos una explotación ganadera en la que hay sitio para alguien como usted. ¿Acepta el empleo?

—¿Que si lo acepto, señora? —En su voz había gratitud y entusiasmo—. Dígame dónde está. Mañana mismo me presentaré allí. Y una cosa le prometo: jamás se arrepentirá de haberle echado una mano a Hughie Luke en el...

—Creí que había dicho que se llamaba Dave —lo reprendió en tono compasivo.

—Sí, señora, lo dije. Y le pido perdón. Fue un farol. Me llamo Hughie Luke. Y si me da la dirección de su granja y el dinero para el viaje, mañana a primera hora salgo para allí.

Durante toda la conversación ella no había dejado de utilizar el timbre. Lo había pulsado de todas las formas posibles: tres toques cortos y uno largo, dos cortos y uno largo, y cinco cortos. Había probado con largas series de llamadas cortas y en una ocasión lo había pisado durante tres minutos seguidos. Dudaba entre amonestar al estúpido del mayordomo por su sueño profundo o pensar que el timbre estaba estropeado.

—Me alegro mucho —dijo—. Me alegro de que acepte. Ya está casi todo hecho. Aunque tendrá que confiar en mí mientras voy arriba a por mi cartera. —Vio un atisbo

de duda en la mirada del hombre y se apresuró a añadir—: Pero ya ve que yo confío en usted porque le voy a adelantar trescientos dólares.

—Creo en usted, señora —respondió él en tono amable—. Es que no puedo evitar preocuparme.

—¿Voy a buscarla?

Pero antes de recibir el permiso, percibió el rechinar muy leve y amortiguado de una puerta en la distancia. Supo que se trataba de la puerta de vaivén de la despensa del mayordomo. Aunque había sido tan tenue —más una ligera vibración que un sonido— que no lo habría oído si no lo hubiese estado esperando. Sin embargo, el hombre sí lo oyó. Se sobresaltó sin perder la serenidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Como respuesta, la mano izquierda de la mujer se lanzó veloz sobre el revólver y se apoderó de él. Se había adelantado al hombre, por suerte, ya que casi al mismo tiempo, él alzó la mano desde el costado y agarró el vacío que había dejado el arma.

—¡Siéntese! —ordenó ella secamente, en un tono nuevo para él—. No se mueva. Mantenga las manos sobre la mesa.

Había aprendido de él. En lugar de sujetar la pesada arma con el brazo extendido, la culata y su antebrazo descansaban sobre la mesa, mientras le apuntaba al pecho, en lugar de a la cabeza. Él mantuvo la calma, obedeció sus órdenes y supo que no había ni la más mínima posibilidad de que el retroceso la llevase a fallar el tiro. También se fijó en que el revólver no temblaba, ni la mano de la mujer. De sobra sabía el agujero que provocaban esas balas a tan corta distancia. No la miraba a ella, sino al percutor, que se había alzado bajo la presión del índice de la mujer en el gatillo.

—Creo que es mejor advertirla de que ese gatillo es de lo más sensible. No apriete demasiado o me hará un agujero del tamaño de una nuez.

Ella permitió que el percutor bajase un poco.

—Así está mejor —comentó él—. Aunque le aconsejo que lo baje del todo. Funciona muy bien. Si lo desea, bastará con apretarlo rápidamente y dejará su precioso suelo hecho una porquería.

Se abrió una puerta a su espalda y oyó a alguien entrar en la habitación. Pero no giró la cabeza. La miraba a ella y descubrió que su rostro era el de otra mujer: duro, frío, despiadado, aunque muy hermoso. Los ojos también se habían endurecido y en ellos brillaba una luz gélida.

—Thomas, vaya al teléfono y llame a la Policía —ordenó la mujer—. ¿Por qué ha tardado tanto en responder?

—He venido en cuanto oí el timbre, señora —contestó el mayordomo.

El ladrón no apartó los ojos de los de ella en ningún momento, ni ella de los de él, por eso la mujer supo que la mención al timbre lo había desconcertado.

—Disculpe —dijo el mayordomo desde atrás—, pero ¿no sería mejor que fuese a buscar un arma y despertara al servicio?

—No. Llame a la Policía. De este hombre puedo ocuparme yo. Vaya y dese prisa.

El mayordomo abandonó la estancia y ellos permanecieron sentados, mirándose a los ojos. Para ella, se trataba de una experiencia emocionante y se imaginaba cómo hablaría la gente de todo aquello. Incluso habría notas de sociedad en las revistas que relatarían la forma en que la hermosa y joven señora Setliffe había capturado sin ayuda a un ladrón armado. Estaba segura de que causaría sensación.

—Cuando lo condenen, tal y como usted mismo dijo antes —comentó fríamente—, tendrá tiempo para pensar en la estupidez que cometió al intentar robar propiedades ajenas y amenazar a una mujer con un revólver. Tendrá tiempo de sobra para aprender la lección. Y ahora, dígame la verdad. No existe ese amigo con problemas. Todo lo que me ha contado es mentira.

Él no contestó. Aunque la miraba, sus ojos permanecieron inexpresivos. En realidad, ni siquiera la veía a ella, sino los amplios espacios bañados por el sol del oeste, donde los hombres y las mujeres era mucho mejores que los podridos habitantes de las podridas ciudades del este.

—Vamos, ¿por qué no habla? ¿Por qué no cuenta más mentiras? ¿Por qué no me ruega que lo deje marchar?

—Podría hacerlo —respondió él, pasándose la lengua por los labios resecos—. Podría rogar que me dejase marchar si...

—¿Si qué? —preguntó ella en tono autoritario al ver que él se detenía.

—Intentaba buscar la palabra adecuada. Como iba diciendo, podría si usted fuese una mujer decente.

Ella se puso pálida.

—Tenga cuidado —advirtió.

—No se atreverá a matarme —se burló él—. El mundo ya es bastante porquería con una alimaña como usted merodeando en libertad, pero aún no ha caído tan bajo, creo yo, como para permitir que me meta un tiro. Usted es mala, pero su problema es que su maldad es débil. No hace falta mucho para matar a un hombre, pero usted no lo tiene. Por eso saldrá perdiendo.

—Tenga cuidado con lo que dice —insistió ella—, o le advierto que lo pasará mal. Puedo conseguir que su condena sea más corta o más larga.

—A Dios tiene que ocurrirle algo muy malo —comentó él, sin darle importancia—, si permite que usted ande suelta por ahí. No comprendo qué es lo que busca al jugar de esta forma con la pobre humanidad. Si yo fuese Dios...

Pero lo interrumpió la entrada del mayordomo.

—Algo le pasa al teléfono, señora —anunció—. Tienen que estar mal las líneas, o algo falla, porque no consigo hablar con la centralita.

—Despierte a uno de los criados —ordenó ella—. Mándelo a buscar a un policía y luego vuelva aquí.

Se quedaron solos de nuevo.

—¿Sería tan amable de responder a una pregunta, señora? —preguntó el hombre—. Ese criado dijo algo de un timbre. Yo no le he quitado la vista de encima y estoy seguro de que no usó ningún timbre.

—Está en el suelo, bajo la mesa, tonto infeliz. Lo apreté con el pie.

—Gracias, señora. Creía que había visto gente mala antes, pero ahora ya sé lo que es la maldad. Confié en usted y fui sincero, pero usted no dejó de mentir ni un momento.

Ella se rio, burlándose de él.

—Siga. Diga lo que quiera. Es muy interesante.

—Coqueteó conmigo, se mostró inocente y amable, exageró el hecho de que lleva faldas y no pantalones y... siempre con el pie sobre el timbre, bajo la mesa. Pero hay algo que me consuela. Prefiero ser el pobre Hughie Luke y cumplir diez años de condena a estar en su pellejo. Señora, el infierno está lleno de mujeres como usted.

Guardaron silencio durante un rato, que el hombre, sin dejar de mirarla y de estudiarla, aprovechó para tomar una decisión.

—Vamos —le instó ella—. Diga algo.

—Sí, señora, algo voy a decir. Claro que sí. ¿Sabe lo que voy a hacer? Me voy a levantar de esta silla y voy a salir por esa puerta. Le quitaría el arma si no fuera porque podría ponerse tonta y dispararla sin querer. Quédese con ella. Es buena. Como decía, voy a salir por esa puerta. Y usted no va a disparar. Hay que tener agallas para matar a un hombre y usted no las tiene. Ahora prepárese, a ver si es capaz de apretar el gatillo. Yo no le haré daño. Voy a salir por esa puerta ahora mismo.

Con los ojos clavados en los de ella, empujó la silla hacia atrás y se levantó despacio. El percutor se elevó un poco. La mujer lo miró. Él también.

—Más fuerte —aconsejó—. Aún no está ni a medio camino. Vamos, apriete con fuerza y mate a un hombre. Eso es, mate a un hombre, haga que sus sesos salpiquen el suelo o plántele un agujero en el pecho del tamaño de su puño. Eso es lo que significa matar a un hombre.

El percutor descendió a sacudidas, pero con suavidad. El hombre le dio la espalda y caminó despacio hacia la puerta. Ella giró el revólver para apuntar a su espalda. Dos veces elevó el percutor hasta la mitad y dos veces lo volvió a bajar de mala gana.

Al llegar a la puerta, el hombre se giró un momento antes de cruzar el umbral. En sus labios había una mueca de desprecio. Le habló en voz baja, casi arrastrando los sonidos, pero su voz encerraba la quintaesencia del asco y la repugnancia cuando la insultó con una palabra vil y atroz.

[1910]

EDICIÓN CANÓNICA BASADA EN LA DE LA UNIVERSIDAD DE STANFORD

TODOS LOS RELATOS DE UN CLÁSICO DE LA AVENTURA

Jack London

Jack London (San Francisco, 1876 - Glen Ellen, 1916), nacido probablemente como John Griffith Chaney, fue uno de los escritores norteamericanos más importantes de los comienzos del siglo XX.

Autodidacta, su obra se nutre de sus experiencias de vagabundo y aventurero, que le permitieron recorrer medio mundo, ya fuera como marinero de primera en una goleta rumbo a Japón o buscando oro en las orillas del río Klondike y entre las perpetuas nieves de Alaska.

Su carrera coincidió con el auge de las revistas literarias dirigidas al gran público, en las que colaboró asiduamente con sus relatos. En ellos fundió la aventura con su capacidad para indagar en la psicología humana y una fuerte carga épica que cambió el curso de la ficción norteamericana. Influyó decisivamente en los autores de la Generación Perdida, como John

Steinbeck, Ernest Hemingway o John Dos Passos, así como en otros muchos europeos: George Orwell, Aldous Huxley, William Somerset Maugham... Socialista desde los veinte años, siempre defendió el carácter utópico más que teórico de su ideología, lo que se reflejó nitidamente en su literatura.



YA A LA VENTA



85. Cuentos Completos I (1893-1902)

Traducción de Susana Carral

824 páginas

Encuadernación en tapa dura

Sobrecubierta

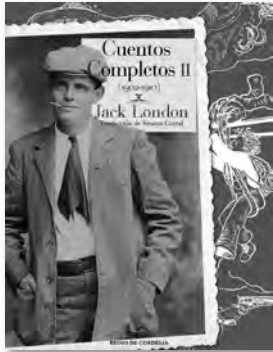
Cuadernillos cosidos al hilo

PVP: 36,95 €

IBIC: FA

ISBN: 978-84-15973-95-9

En sus cuarenta años de vida Jack London escribió 197 relatos en los que priman la aventura y la épica lucha del hombre enfrentado a un entorno hostil. Una investigación de la Universidad de Stanford ha catalogado y recopilado cronológicamente, por primera vez, todos estos cuentos, treinta y seis de ellos inéditos, en una obra colosal dividida en tres tomos. El primero, que comprende los 87 relatos escritos por el gran autor norteamericano entre 1893 y 1902, aparece ahora en traducción íntegra de Susana Carral, realizada expresamente para esta edición. Escritos durante la adolescencia y juventud de London, en ellos da cuenta de su experiencia juvenil, cuando a los diecisiete años se embarcó como marinero rumbo a Japón en la goleta *Sophia Sutherland*, y su posterior búsqueda de oro en Alaska, donde la sombra de la muerte escondida entre el hielo estuvo a punto de costarle la vida.



100. Cuentos Completos II (1902-1910)

Traducción de Susana Carral

840 páginas

Encuadernación en tapa dura

Sobrecubierta

Cuadernillos cosidos al hilo

PVP: 36,95 €

IBIC: FA

ISBN: 978-84-15973-96-6

El segundo tomo de *Cuentos Completos* que recogen los 197 relatos escritos por Jack London en sus cuarenta años de vida, comprende los 64 que el gran autor norteamericano creó entre 1902 y 1910. Catalogados y ordenados cronológicamente de acuerdo a la edición canónica de la Universidad de Stanford, se ofrecen, al igual que el primer tomo, en traducción íntegra de Susana Carral, realizada expresamente para esta edición. Escritos durante su juventud y madurez, London, muestra en ellos sus múltiples experiencias en un mundo dominado por la naturaleza más extrema, desde sus aventuras como patrullero en las costas de San Francisco y en los territorios del Klondike, hasta sus andanzas por Hawái, las islas Salomón y otros enclaves de los mares del Sur dominados por huracanes, océanos ingobernables y tribus caníbales.



118. Cuentos Completos III (1910-1916)

Traducción de Susana Carral

768 páginas

Encuadernación en tapa dura

Sobrecubierta

Cuadernillos cosidos al hilo

PVP: 36,95 €

IBIC: FA

ISBN: 978-84-15973-97-5

El tercer y último tomo de *Cuentos Completos* de Jack London, que sigue fielmente la edición canónica de la Universidad de Stanford, comprende todos los relatos que escribió en la última etapa de su vida. Aunque todavía perdura en su memoria la experiencia de las nevadas riberas del Yukón, en estos 46 cuentos, más extensos que los anteriores, predominan los personajes y escenarios de los Mares del Sur y Oceanía. London tampoco olvida su socialismo utópico, que refleja en algunas distopías en las que trata de alertar y combatir las desigualdades del capitalismo, llegando incluso a adentrarse en el territorio de la ciencia ficción. El gran escritor norteamericano vuelve a demostrar su capacidad para alternar todo tipo de géneros y recorrer a través de la ficción todo el globo terráqueo, reflejando como nadie el factor humano de las múltiples etnias y culturas que conoció personalmente.